

Piedra, papel o tijera y otros relatos

Pauselli, Emilio Pedro

Piedra, papel o tijera y otros relatos / Emilio Pedro Pauselli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Emilio Pedro Pauselli, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-4196-0

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Filosófica. I. Título.

CDD A863

Edición: Nancy Boufflet

Tapa: Mariana Pelato

Índice

Complejo de Cronos.....	4
Yo soy Liú.....	17
El viaje.....	25
Hablando con propiedad.....	38
El pasillo del tiempo.....	44
El nombre.....	50
Sus labios.....	54
Pan y oro.....	64
Tengo ganas de decirte.....	86
Piedra, papel o tijera.....	95

Complejo de Cronos

Nunca tuvimos dudas sobre la existencia del Complejo de Cronos, pero, en verdad, nuestras investigaciones no progresaron hasta que descubrimos el artículo del doctor Keine Zukunft. Algún alma caritativa tuvo el buen tino de subirlo a internet y así lo conocimos, al artículo y al doctor, que en paz descanse, lo que demuestra una vez más la falta de correspondencia entre los méritos de las personas y su trascendencia pública.

“Es necesario hacer notar que mientras se ha destacado la importancia de los vínculos con la madre y el padre, con la alimentación, con la sexualidad, con el entorno natural y social –leemos en su artículo–, nunca se tuvo en cuenta la relación entre el conjunto de nuestros procesos psíquicos y el tiempo, elemento esencial en el desenvolvimiento de toda vida”.

Nosotros ya teníamos claro que el problema no se agotaba con la descripción del síndrome de Peter Pan. Por más mérito que tuviera Kiley dando nombre a una neurosis bastante habitual, en su obra *The Peter Pan Syndrome: Men Who Have Never Grown Up* no logró profundizar en el drama existencial que da lugar al complejo de Cronos. Tampoco el útil y esperanzador libro de Bolinches, *Peter Pan puede crecer*, agrega información sustancial sobre el tema que nos ocupa.

La psicología ha hecho buen uso de los relatos mitológicos. El doctor Zukunft lo expresa con justos términos: “Los mitos antiguos –agrega en el artículo de referencia– recorren en extensión y profundidad las perplejidades que acompañan a la vida humana, pero su selección por parte de las investigaciones psicológicas se hace desde la cultura actual, recortando de aquel fondo antiguo las alegorías que sirven para ilustrar nuestras preocupaciones presentes”.

Así que nosotros no íbamos a hacer usos nuevos, y ahí estaba Cronos, esperándonos, mientras se comía uno por uno a sus hijos para evitar que, en el futuro, terminaran con su reinado, como final e inevitablemente sucedió.

¡Je! Y ahora se quejan de los padres y las madres posesivas. ¡Posesivos eran los de antes! Pero, fuera de broma, el impasible Cronos nos presta muy bien su nombre para nuestro propósito, que no es otro que el de mostrar, ante los ojos de quien lo quiera ver, las consecuencias de que el primer día de existencia de cualquier ser vivo sea el primer paso de su camino hacia la muerte.

Usted puede negarse rotundamente a pensar en esa realidad y, en tal caso, hará bien en no seguir adelante con las noticias de nuestras investigaciones. Puede buscar, como dice Sabina, que le receten pastillas para no soñar o, si tiene dinero, pagarle a alguien para que, semana a semana, escuche la nada misma de su vida fingiendo interés. Es una elección muy personal: todos tenemos algo de avestruces, sólo es una cuestión de cuánto tiempo decidimos pasar con la cabeza en el hoyo.

Pero volviendo a nuestra investigación, la primera pregunta que se presenta a la hora de comprender el complejo de Cronos es la siguiente: ¿la consciencia de la muerte es una novedad o un saber esencial? ¿Descubrimos que los seres vivos mueren o ya sabemos, de alguna manera, que la muerte es parte de la vida? Claro que podrían ser las dos cosas a la vez. “Ningún conocimiento es previo a la experiencia, pero no todo conocimiento proviene de ella”, se enseñaba ya en Königsberg.

Pero, aunque los temas del tiempo y de la muerte se prestan al divague filosófico y literario, nuestros objetivos son concretos y no nos exponemos a naufragar en los inconmensurables abismos de esos océanos. Lo que queremos es encontrar líneas

terapéuticas adecuadas para que las personas puedan sobreponerse al complejo de Cronos y tener una vida sana mentalmente.

Claro que la salud psíquica ha quedado, por alguna voltereta del pensamiento occidental, asociada a la felicidad, como gemelos unidos por la espalda. Y ese ser monstruoso termina complicando más vidas que las que salva. Porque, a ver, hablando seriamente, todos sabemos que la combinación de felicidad y frustración y todos sus estados intermedios es la moneda corriente de la vida. Entonces, la salud psíquica debería consistir en alegrarse o dolerse con motivo y tendría poco que ver con siempre sentirse bien, nunca experimentar angustia y evitar las situaciones penosas.

Para el que ha perdido a alguien que ama, el llorar, patalear y maldecir es síntoma de salud. Todo remedio para no sentir dolor ante esa situación lo que le brindará, realmente, será un tratamiento para enfermar, no para sanar. Y el que haya alcanzado algo muy importante en su vida y no baile en una pata estará igual de chiflado que el anterior.

La salud psíquica, digámoslo de una vez, consiste en poder expresar los sentimientos que cada avatar de la vida nos provoque, de forma tal de no hacernos daño a nosotros mismos ni a los demás.

El objetivo de la vida no puede ser alcanzar la calma total, sin que la perturben ni los deseos ni los dolores, como creían algunos antiguos y dicen creer otros hasta nuestros días. No hace falta un entrenamiento especial para alcanzar la ataraxia: ésta se logra sin esfuerzo alguno luego de atravesar la experiencia de la muerte.

Nuestras investigaciones, llevadas a cabo en cientos de pacientes, nos han convencido de que el núcleo del complejo de Cronos lo que hace es ahogar la experiencia de la existencia real reemplazándola por fantasías que siempre llevan al enfermo a caminos sin salidas. Esta frustración permanente constituye la base de su sufrimiento. Porque si la existencia fuera eterna, cualquier inquietud se podría resolver hoy, mañana o vaya a saber cuándo: nada es imposible mientras exista un futuro. Pero si el término es definido, si el tiempo de Cronos va en una única dirección y nos lleva hasta el último término, ahí nos vemos ante un problema: no es hoy o mañana o vaya a saber cuándo, es ahora o nunca.

Como ya habrá descubierto el lector sagaz, la dificultad no se presenta, entonces, por el hecho de que nuestro recorrido por el mundo tenga un final y que nosotros seamos conscientes de ello. Ese final llega inexorablemente, puntual, y no hay nada para hacer en su presencia. El problema se presenta mientras reina la vida, con todos sus sirvientes y sus enemigos, rodeada de intrigas palaciegas, cosechando fidelidades y traiciones, dando sus batallas y reponiéndose en los momentos de paz. Eso lo sabía Cronos y a eso le temía.

Por eso, cuando su hijo Zeus lo derrocó y se transformó en el rey de los dioses, Cronos pudo, al fin, abandonar sus preocupaciones y retirarse, ya tranquilo, a vivir la vida eterna de los relojes. Pero esa es la vida de Cronos, no la nuestra: no tenemos por qué meternos dentro de un reloj. Edipo se acostó con su madre, no nosotros: no tenemos por qué quitarnos los ojos.

El complejo que nos ocupa se basa, justamente, en la percepción y la comprensión unilaterales del tiempo. Si la vida tiene un punto final y el tiempo es una línea homogénea, la recta de la existencia debería prolongarse de alguna manera

hasta el infinito. Y aquí las alternativas que se les presenta a las personas son tres. Las llamaremos “la falsa cura”, “la enfermedad” y “la cura”.

La falsa cura es por todos conocida. La ofrecen las religiones por doquier y consiste en la promesa, indemostrable, de la vida eterna. Claro que no en esta vida, porque esta vida sería sólo un pasaje, un momento breve, antes de reunirnos nuevamente con el sí mismo o de pasar a gozar de la compañía de Dios por toda la eternidad o, en las versiones más delirantes, esperando que nuestro cuerpo transformado nuevamente en polvo, ya que “de polvo eres”, resucite un día y recupere así su individualidad.

A estas opciones las llamamos “falsa cura” porque, aunque quizás traigan consuelo, esperanza, resignación o como se le quiera llamar, en verdad, no curan. Además de ser falsa, no funciona con todas las personas. Hay quienes, efectivamente, se sugestionan de tal manera con esos relatos que terminan por ignorar toda la información que la vida les proporciona. Ante la imposibilidad de reencontrarse con los seres queridos que han terminado su tiempo, los ubican en el cielo, en las estrellas, en el más allá, poblando el universo de fantasmas errantes que están anclados solamente en su mente enferma.

De esta manera creen evitar la pérdida, pero lo único que logran es privar a esos seres que han amado de su lugar natural, que es el recuerdo. La memoria, en el enfermo, en vez de constituir un lugar de afecto y homenaje se transforma así, gracias a este complejo, en un lugar de dolor cada vez que se lo transita.

Muchos simulan haber superado el complejo de Cronos de esta manera, pero saben, a ciencia cierta, que siguen enfermos. Les gustaría creer, pero no creen. Por un momento participan en los ritos de sugestión, pero finalmente la realidad cotidiana hace

que el complejo de Cronos florezca ya de manera inocultable. No se diferencian de la gente enferma, sólo que lo disimulan.

Y cuando consultan a los terapeutas de la falsa cura —rabinos, sacerdotes, chamanes, pastores, imanes— ellos les enredan el problema de tal manera que se lo terminan cambiando de lugar: la dificultad ya no estriba en el funcionamiento inexorable del cronómetro universal, sino en la falta de fe individual. Si usted no quiere creer que está sano y que la vida continúa en el más allá, amiguito, amiguita, nada podemos hacer por usted. Los tratan como si fueran algo así como hipocondríacos del tiempo.

La enfermedad consiste, justamente, en no poder generar conductas sanas una vez anoticiados, por experiencia o por intuición, de que estamos corriendo en una carrera que tiene final, y un final tal que ya no estaremos presentes a la hora de la entrega de los premios.

Llegados a este punto hay dos perfiles de enfermos: los están eufóricos y los que, por el contrario, muestran claros indicios de disforia. La mayoría transita por ambos márgenes del río alternativamente, dependiendo muchas veces de hechos fortuitos o simplemente del momento de la vida.

Un caso típico de afectado eufórico es el consumista. Toda su vida está organizada alrededor de la obtención de cosas. No necesariamente cosas valiosas en sí mismas, lo más probable es que sus elecciones estén determinadas por la televisión y las redes sociales. Pero no es valor lo que este tipo de enfermo quiere acumular: sólo necesita sentir que no hay un final, que la acumulación puede ser ilimitada, que siempre puede tener un poco más. Es, claro está, un mecanismo de compensación. Como se ha enseñoreado de su espíritu el complejo de Cronos sabe, aunque no se lo diga ni a sí mismo, que el tiempo no es acumulable: irremediablemente se gasta y no se puede reponer.

No necesita de falsas curas, no cree en promesas, sólo se compensa a través de una actividad que le devuelva la sensación de tener posibilidades inagotables.

En verdad, si bien esta variante del complejo de Cronos suele afectar a personas con poder adquisitivo medio o alto, no quedan exentos de esta expresión patológica también las personas humildes. Éstas reemplazan el consumo real por el consumo probable. Si bien no pueden experimentar la sensación de adquirir de manera permanente, sueñan con la posibilidad de hacerlo el día que cuenten con el dinero necesario.

Subespecies de este perfil de enfermo son los adictos al juego, varios tipos de fetichistas y los místicos.

El pesimista, por el contrario, es el ejemplo del enfermo disfórico. Sabe que nada gratificante es eterno y actúa a partir de ese saber, así que siempre supone que nada positivo va a ocurrir. No aprovecha su percepción de la finitud para comprender que tampoco la frustración es eterna. Prefiere cuidarse de tener esperanzas que hagan más dolorosos sus desengaños.

Una variante de este tipo de paciente lo constituye el circunspecto, como Natalio Ruiz, el hombrecito del sombrero gris. También militan en estas filas los desengañados del amor, los quejosos de todo tipo y los que, al consolarte, sólo atinan a decir “que pudo haber sido mucho peor”.

Por el consultorio desfilan personas hoy exultantes y mañana deprimidas, y viceversa, sin poder relacionar que ambos fenómenos obedecen al mismo desajuste de base constituido por lo que dimos en llamar el complejo de Cronos.

En lo que no anduvo muy acertado el doctor Zukunft fue en la orientación de la terapia respectiva. Él creía, quizás siendo fiel a su época, que el complejo de Cronos se desarrollaba a partir de

alguna carencia cognitiva. Le faltó, en este punto, confiar menos en la razón y más en la sabiduría de la vida, la que, contrariamente a lo que se cree, vamos perdiendo mientras crecemos.

La base del complejo de Cronos es inalterable: constituye la prisión del ser en el tiempo, prisión sin salida, por cierto, de acuerdo con el tiempo de Cronos. Comprender cómo funcionan los cerrojos, la rutina de los carceleros y el espesor de los muros no alivia en nada la situación del prisionero. Por el contrario, sólo lo echa en manos de la enfermedad o de las falsas curas, como los pabellones de evangelistas en las prisiones.

Nuestra investigación, revolucionaria en algunos aspectos, se basa en realidad en conocimientos antiguos, sólo que puestos al servicio del paciente. Ya Hesíodo, Eurípides e Isócrates habían descubierto su existencia. Aunque sin fines terapéuticos, lograron penetrar y develar la diferencia entre el tiempo cósmico y el tiempo humano, o de la vida.

El tiempo del cronómetro es el tiempo vacío, es una sucesión matemática que no tendría ninguna importancia si no existiera la vida pues, en verdad, sin ésta tampoco hubiera nacido la matemática. Como la vida sólo puede existir en el tiempo cósmico, el complejo de Cronos sólo puede superarse si hacemos la conversión de ese tiempo al tiempo de la vida. El tiempo de la vida no es el de Cronos, sino el de Kairós.

Cronos era el dios del tiempo, Kairós el dios del acontecimiento. La mitología griega es confusa al respecto. En algunas versiones Kairós es un nieto de Cronos, en otras su hermano. En la primera versión la vida habría aparecido en un momento del tiempo cósmico, se emparentaría bien con los mitos de creación. En la segunda, la vida existiría desde siempre: se

resolvería así, por fin, el misterio de qué fue primero, si el huevo o la gallina.

Pero a nosotros eso nada nos cambia. Como bien dijera Zukunft, tomamos de los mitos antiguos la inspiración para hablar de los problemas modernos. Y vaya si Kairós nos inspira. Así como Cronos garantiza una línea de tiempo que se extiende hasta el infinito, Kairós asegura que en ese transcurso existan momentos donde ocurran cosas únicas, aquellas que introducirán la diferencia entre ese momento y todos los demás.

Esos acontecimientos incluyen desde cosas sencillas hasta eventos relevantes. Pueden consistir en descubrir el canto de un ave que nunca habíamos escuchado o en la que no habíamos reparado, y también puede serlo tener un hijo, perder un amigo, realizar una hazaña deportiva, contraer una enfermedad o enamorarse. Todas esas cosas las gobierna Kairós y Cronos no tiene ni idea de su existencia.

El complejo de Cronos, para decirlo de una vez, organiza sentimientos e ideas alrededor de una línea de tiempo que no es la de la vida, porque la vida no es una línea sino los acontecimientos que nos ocurren mientras tanto.

Le daremos un ejemplo. Usted ha comido algo muy sabroso: ¿qué es lo relevante de esa experiencia?, ¿el momento en que sucedió o el sabor que usted descubrió en ese plato? Claramente, lo relevante ha sido su experiencia gustativa. Pero puede ocurrir que el momento también haya sido importante, por ejemplo, porque lo comió en la casa de unos amigos a los que hacía tiempo que no veía, o en un restaurante de París a la orilla del Sena, o porque fue su última comida antes de marchar al frente de batalla. Pero profundicemos un poco más: lo especial de esos momentos no está dado por el punto que ocuparon en la línea del tiempo. En un caso el acontecimiento será el

reencuentro con sus amigos, en el otro cumplir la fantasía de cenar en París, en el tercero haber ocurrido en vísperas de enfrentar grandes riesgos para su vida.

Como verá, en ningún caso lo relevante es el tiempo en el que ocurren las cosas, sino cuáles son las cosas que ocurren en el tiempo. Usted me podrá decir que hay casos donde el tiempo sí es importante. Por ejemplo, si ese día hubiera contado con el dinero no le hubieran rematado la casa. Pero esa creencia, lo comprende usted, aunque parezca tan cierta como que dos y dos son cuatro, es una fantasía. Los acontecimientos son que usted ofreció su casa como garantía y que sus ingresos no fueron los esperados. El tiempo, en verdad, no tuvo nada que ver; ha sido una serie de acontecimientos muy distintos los que terminaron en la subasta de su propiedad.

En algunas culturas antiguas a *Kairós* lo encontramos también como el Dios del clima. Nada más apropiado, el clima es mudanza, es cambio, es acontecimiento. Uno se moja porque llueve, no porque sean las seis y cuarto del día jueves. Y no insista con que llovió el jueves a la seis y cuarto, porque no tiene nada que ver: usted no se mojó porque era jueves a las seis y cuarto, sino porque llovió.

Claro que el *Kairós* no es la lluvia. Usted podría haber estado bajo techo y ni enterarse de la lluvia. El verdadero *Kairós* es que usted se mojó, ese es el acontecimiento que ha ocurrido en su vida.

Pero ni los antiguos ni los modernos supimos sacar todas las conclusiones de estos dos dioses del tiempo. Correspondería a la sociología del conocimiento hacer una investigación de por qué esto ha sido así, pero, claramente, no es nuestro tema ni está dentro de nuestras posibilidades. Lo que nosotros vemos

en el consultorio es que el complejo de Cronos coincide, regularmente, con un desprecio de la vida tal cual ella es.

Las cosas valiosas, para este enfermo, siempre están un poco más allá de su existencia, nunca coinciden con lo que ocurre en su vida o a su alrededor. El *Kairós* de los cristianos es la venida de Cristo, el de los musulmanes la llegada del profeta Mahoma, para otras religiones otros momentos, pero son ajenos a la existencia humana: los acontecimientos valiosos siempre están relacionados con lo excepcional, con lo divino.

Con la secularización de los tiempos también comenzaron a reconocerse otros *Kairós*, en este caso ya sin dioses, pero igualmente imponentes. Todas las guerras entran en esta categoría, igual que el descubrimiento de una vacuna: son acontecimientos que ponen en juego la vida y la muerte y definen el recorrido de muchas existencias. Auschwitz fue un *Kairós*, como lo fue también el final del régimen legal de apartheid en Sudáfrica o el levantamiento de Espartaco, la independencia de los Estados Unidos de América o la revolución cubana.

Pero ¿y el resto de los mortales? ¿Los que no fueron artífices ni partícipes ni contemporáneos de esos grandes acontecimientos? ¿Resulta de ello que tienen una vida vacía? A eso se orienta la cultura de lo excelente, de lo exclusivo, de lo extemporáneo, de aquello que sólo pueden alcanzar unos pocos. Al resto sólo le queda vegetar en brazos de Cronos hasta que su tiempo se acabe. Como para no enfermarse, ¿no?

Pero, de más está decir, esto es una falsedad. Es una ilusión de la cultura. Los únicos *Kairós* que existen son los que les pasan a las personas de carne y hueso. Claro que el fin del apartheid en Sudáfrica significó ampliar las oportunidades para millones de personas y el exterminio de Auschwitz reducirlo casi hasta la

nulidad. Claro que somos seres gregarios, pero, aunque nos enfermamos en sociedad, la patología la sufrimos individualmente.

Lo primero que hacemos en nuestras terapias es ayudar al paciente a reconocer los acontecimientos de su vida. Eso transforma el monótono y previsible camino hacia la muerte en una aventura que nos lleva de *Kairós* en *Kairós*, como nuevos volatineros que nos enancamos en las oportunidades de la vida y tratamos de vivirlas como corresponde. El Barón rampante algo de esto intuyó, probablemente, cuando no quiso volver a bajar de los árboles.

El eufórico fracasa al querer crear un *Kairós* imaginario, como lo puede ser el consumo, porque un acontecimiento no es algo “que te pasa” sino un evento en el que uno está implicado definitivamente. También fracasa el pesimista, porque su ideal de que en la vida no acontezca nada que lo emocione es irrealizable.

Claro que la defensa que el enfermo hace encuentra sólidos lugares en la cultura que lo enfermó. Me han dicho en el consultorio: “Hay quien se emociona al tener un hijo, yo me emociono al comprarme un iPod”, como haciendo alusión a cierta prerrogativa de la libertad humana que permitiría elegir lo que es importante para cada uno. Es difícil convencer a este tipo de paciente de que no se trata de que una cosa sea más valiosa que la otra, sino de que, en verdad, son cosas de naturaleza distinta. En el primer caso uno es partícipe, en el segundo es espectador, tal como ya descubriera Debord en su inmortal obra titulada *La sociedad del espectáculo*. El evento podría ser fabricar un iPod o lo que haga luego un sujeto con el iPod, nunca lo será comprar el iPod.

Lo decimos una vez más, el complejo de Cronos se expresa como la imposibilidad de celebrar la existencia, con las luces y

las sombras que ésta incluye. El paciente recuperado podrá, finalmente, dejar de pensar en el paso de un tiempo que no es el suyo y concentrarse en vivir aquél que sí le pertenece.

Un dato curioso es que esta enfermedad no afecta a la niñez. Grandes sabios, los niños y las niñas crecen sumergidos en el tiempo que les proporciona el Dios Kairós. De juego en juego, de descubrimiento en descubrimiento y de fracaso en fracaso, van construyendo su existencia en una ignorancia total del tiempo de Cronos.

Quizás comienzan a enfermar recién cuando van a la escuela, cuando sus cuerpos quedan atrapados en unos ritos incomprensibles y su mente tiene que esperar, en clave de Cronos, que suene el timbre para ir al recreo, ese lugar donde se juega, se ríe y se llora.

Para el adulto que sufre de este complejo la cura se produce cuando logra, finalmente, tener su propio timbre.

Yo soy Liú

Yo soy Liú. Para los que no me conocen, les cuento que viví hace muchos siglos y resucité en el siglo veinte.

¿Qué usted no cree en las resurrecciones? ¿Qué sólo resucitó el hijo de Dios? Curiosa manera de pensar: cree en la resurrección de alguien que nunca vio y no cree en mi resurrección, a pesar de que puede comprobar mi existencia.

No digo con esto que usted me haya visto. Pudo muy bien ocurrir que no nos hayamos cruzado nunca, personalmente, digo. Pero eso es sólo porque no tuvimos la oportunidad de coincidir en el mismo lugar, si no, quizás hasta me hubiera aplaudido.

Yo nací, en verdad, en el siglo XII. Mi recuerdo fue tan duradero que durante cientos de años se repitió mi historia, claro que con variantes. Imagínese usted que, si las noticias de ayer se cuentan de manera distinta según el programa periodístico que mire o el periódico que lea, qué de variaciones puede tener una historia durante tantos siglos.

Pero una cosa es existir en el papel, porque alguien escribe una historia, y otra muy distinta es resucitar. Eso no hace tanto que ocurre. Por ejemplo, yo, después de tantos siglos resucité en 1926, en Milán, ciudad del norte de Italia. Y la segunda ciudad que conocí, ese mismo año, ¡usted no lo va a creer!, fue la ciudad de Buenos Aires.

Antes de seguir quiero hacerle una aclaración: no soy una muerta ni un cadáver, soy Liú, resucitada. Así que no hay ningún

motivo para temer. Por el contrario, pueden aprovechar de mi sabiduría que, mucha o poca, la quiero compartir con ustedes.

¿Usted todavía no está convencido de que he resucitado? Mire, en verdad no soy la única. Somos muchas las mujeres y también los hombres que vivimos resucitados, y todo se lo debemos a unos músicos increíbles que descubrieron el pasaje entre la muerte y la vida escondido entre sus notas

Y, en verdad, es bastante fácil identificarnos: cuando estamos en público, todo lo que tenemos que decir sobre nuestras historias lo decimos cantando. Lo hacemos así para celebrar la música que nos trajo de nuevo a la vida.

¡Créanme! Tengo cosas importantes para decirles a todas las Liú del siglo veintiuno, y a todos los príncipes también, claro. Porque, ¿saben?, mi historia es una historia triste. Si cada vez que me acuerdo...

Bueno, no les voy a decir ahora lo que me pasa cada vez que me acuerdo.

Lo que les quiero contar es que me enamoré. Me enamoré de un príncipe. ¡Qué príncipe! Alto, brazos musculosos, ¡ojos bellos! Uy, sí, qué ojos. Marrones a la sombra, verdes cuando le daba el sol; y, en la oscuridad... Bueno, la verdad, no sé cómo eran sus ojos en la oscuridad, nunca estuve a oscuras con él... lamentablemente.

Tenía manos vigorosas, lo sé porque una vez tomé sus manos entre las mías. Esas manos, y diez dedos que, uf... todos con anillos, claro, porque era un príncipe. Muchos anillos en los dedos.

Yo era la que cuidaba a su padre. El señor estaba muy enfermo y necesitaba ayuda, sí; para caminar, para vestirse, había que hacerle la comida, conversar con él para que no se deprima. Yo venía a ser una mezcla de sirvienta con acompañante terapéutica.

Pero ustedes lo que quieren saber, con seguridad, es cómo me enamoré del hijo del señor que cuidaba, y que era un príncipe. Bueno, les diré, no me enamoré porque era apuesto, aunque lo era... no, no. Tampoco porque tuviera un trasero perfecto, que lo tenía... no, no. Nada de eso. Me enamoré porque un día: ¡me sonrió!

Yo le dije “Buen día señor”, y él me sonrió.

Si ahora que me acuerdo... ¿Les parece a ustedes? ¿Me hizo regalos? No. ¿Me invitó a salir? No. ¿Al menos conversó alguna vez conmigo? No. Sólo me sonrió. Sonrisa encantadora, eso sí.

Entonces, atentas todas las Liú del mundo: tengan en cuenta mi experiencia, no se enamoren sólo porque alguien les sonría.

No crean que yo era tonta. Ni un pelo de tonta. Crema, cera, huesos de pescado, depilación completa ya se usaba. No me acuerdo bien qué era yo... pasaron tantos años, pero tonta no era. Creo que era una esclava, pero cuando el príncipe me sonrió, me sentí una princesa. ¿O quizás era una princesa?

Otra vez la burra al trigo. Me sonrió y me enamoré, y ahora, cuando me acuerdo de que me sonrió, me vuelvo a enamorar, a pesar de...

Ah, claro, ustedes no saben lo que pasó. Les voy a contar. Yo le hacía ojitos y él decía: “Turandot”. Yo le decía “quédate conmigo” y él decía: “Turandot”. Yo me arrodillaba y tomaba sus manos y él decía: “Turandot”.

¿Qué quién era Turandot? Era una princesa de lo más cruel, que mataba a sus pretendientes si no respondían a sus acertijos. A decir verdad, preparaba a propósito unos acertijos complicadísimos para darse el gusto de mandarlos a ejecutar. ¿Se imaginan? Eso sí era hacerse la difícil.

Pero este zopenco, el príncipe del que me enamoré, claro, estaba dispuesto a arriesgar su vida con tal de casarse con ella, y ella que no quería casarse con nadie.

Así va el mundo, queridas Liús y queridos príncipes. Así va el mundo de desencontrado.

El caso es que el bobo respondió los acertijos y ahí la Turandot se puso fatal. Doble frustración: se tenía casar, cosa que ella no quería, y no se podía dar el gusto de mandarle a cortar la cabeza.

Pero como el príncipe, después de haber adivinado los acertijos quedó más agrandado que cuzco detrás de la cerca, le dio una nueva oportunidad: si ella adivinaba su nombre se salvaba de casarse y a él lo ejecutaban.

¿Pero quién iba a saber el nombre de mi príncipe, justamente, en China? Ni siquiera sabían que él era un príncipe tártaro. Estaba lista la Turandot, lo tenía bien merecido por estirada. Pero, para mi desgracia, alguien que nos vio con él nos denunció y nos apresaron.

—Dime como se llama —le dijo la Turandot a su padre.

Pobre viejo, no se acordaba ni de su propio nombre, miren si se iba a acordar del nombre de su hijo.

Entonces se me vinieron al humo.

—¿Tú sabes cómo se llama?

—Sí, pero no se los diré —les contesté sin pestañear.

Se dan cuenta, ¿no? Yo digo que no, pero un poco tonta era. Miren, ¡¿qué me costaba decir que no?!, que no sabía cómo se llamaba. Pero no, ¿qué hubieran dicho de mí si decía una mentira? Seguro dirían que era una chica mentirosa. Así que la pánfila dijo que sí.

Y ahí nomás dijeron:

—¡Tortúrenla para que diga el nombre!

Yo me asusté mucho, pero les dije:

—No. No se los voy a decir.

A cabeza dura, cabeza dura y media. No me iba a ganar a mí esa Turandot. Ya veríamos quien era más terca.

Y hablando de Turandot, se me acercó y haciéndose la simpática me dijo:

—¿Por qué no me dices su nombre y evitas que te torturen?

¿Y saben qué le contesté yo? Ni se lo imaginan, ni que les dé diez oportunidades lo adivinan. La chica enamorada le contestó:

—Porque lo amo.

¡Que hay que ser necia, Dios!

Turandot nos miró a los dos. Yo amaba al príncipe y el príncipe, en vez de querer casarse conmigo que lo amaba, quería casarse con ella que lo quería matar. Habrá pensado que estábamos bien locos.

Pero yo no era tonta del todo, no crean, aproveché mi oportunidad. Le dije a Turandot:

—Ahora que estamos de amigas, podrías dejar que me desaten las manos, ¿no? Total, con tantos guardias, no me voy a escapar a ningún lado.

Pero apenas los soldados me desataron, rápida como un rayo, saqué un puñal que llevaba entre mis ropas y... ¡adivinen!... me lo clavé en el corazón.

Como lo oyen, me suicidé y así me salvé de la tortura, y de decir el nombre de mi príncipe, claro.

¿Que no les parece muy inteligente? Ya los quiero ver en mi lugar, prisionera, abandonada, esperando que llegue el verdugo para torturarme, son muchas presiones para una chica sola.

Si cada vez que me acuerdo...

Así que, mis queridas Liús y mis queridos príncipes de todo el mundo, a prestar atención:

Lección uno, no se puede mendigar amor. O te quieren o no te quieren.

Lección dos, no siempre hay que decir la verdad. Si te preguntan el nombre, ustedes contestan ¿Y qué sé yo cómo se llama? Sobre todo, si tu pareja te acaba de encontrar con tu amante.

Lección tres: no suicidarse, nunca suicidarse, ¡nunca!, ¡nunca!, ¡nunca!... Porque se pierden el final de la historia.

Yo me perdí el final de la historia porque, así como resucito con la música, así me vuelvo a morir cada vez que me suicido. Ahora podemos conversar porque estoy entre un ensayo y otro, pero apenas estrenamos, chau, de nuevo me pierdo el final.

De todas maneras, me imagino muy bien cómo terminó todo. Turandot seguro lo mató en la noche de bodas porque, ¿qué chica va a querer un marido si no quiere estar casada? Pero esa misma noche, antes de matarlo, ella quedó embarazada; porque eso sí, más allá de sus defectos, era una chica cumplidora.

Y de ahí descienden todas las princesas y los príncipes estúpidos que se hacen los difíciles cuando de amor se trata.

Así que mis Liús y mis príncipes, a mejorar el vocabulario. Cuando sufran un desengaño amoroso, nada de andar maldiciendo por ahí como si su mamita y su papito no les hubieran enseñado buenos modales. Nada de “qué hijo de mala madre” ni de “qué mal nacida”. No, no, no. Nada de eso.

Ahora, después de conocer mi historia, cuando alguien los traicione o no se fije en ustedes, dirán con toda elegancia, sin levantar la voz ni despeinarse: “Pero ¡qué reverendo hijo de... Turandot!”.

Ah, y antes de despedirme tengo que decirles lo que me pasa cada vez que me acuerdo...

Cada vez que me acuerdo de que me enamoré de un príncipe que no se fijaba en mí, cada vez que me acuerdo de que no dije su nombre para salvarle la vida, cada vez que me acuerdo de que me suicidé por él...

Miren, cada vez que me acuerdo... me mataría de nuevo cada vez que me acuerdo.

El viaje

–Maestro, ¿qué me puedes enseñar acerca de los dioses?

No era la primera vez que debajo de ese techo resonaba la pregunta. Las casas blancas de la ciudad miraban el mundo con sus ojos confiados y el sol que iluminaba sus ventanas era la respuesta absoluta a todas sus preocupaciones. Pero dentro de ellas, los hombres se interrogaban sobre otras cosas.

–¿Qué es lo que en verdad te preocupa? –preguntó el maestro.

–Saber si los dioses existen y, en tal caso, cuáles son.

La fragilidad humana no se daba por vencida. Quería creer que, como contraparte, había un lugar donde moraban seres poderosos que, en ciertas condiciones, los podrían proteger.

Pero, aunque la pregunta no era original, siempre producía el mismo efecto en el maestro: en su mente se desataba una lucha donde nunca había un vencedor. Un ejército de argumentos atacaba haciendo gala de todo aquello que se sabía o se creía saber sobre los dioses: sus nombres, templos y prosapias se blandían como armas relucientes haciendo irresistible su avance.

Pero, del otro lado, un ejército más modesto establecía sus posiciones defensivas. Cavaba trincheras de humildad intelectual, preparaba sus escudos bañados del agnosticismo más resistente e imaginaba, no sin razón, que aquella máquina de guerra refulgente que se le venía encima se iba a desvanecer como humo al llegar a sus posiciones.

Claro que alguien que va a tomar clases con un sabio espera que éste lo ilumine con verdades y no que lo anegue en sus

ignorancias, y de esto era consciente el maestro. Así que, con prudencia, preguntó a su alumno:

–¿Tú qué crees? ¿Que los dioses existen o no?

–Yo creo que existen, maestro, pero no logro persuadirme de que sean tantos y tan distintos de pueblo en pueblo.

–Allí tienes una buena pregunta: ¿son los dioses los que crean a los pueblos o son los pueblos los que crean a los dioses?

El alumno lo miró perplejo. Por su expresión se podía pensar, razonablemente, que nunca se había formulado aquel interrogante. Su rostro fue pasando de la sorpresa a la seriedad, y de allí a la decepción. Al cabo de unos instantes dijo:

–Creo que es evidente que un pueblo no puede crear a un dios, no tiene ni el poder ni la sabiduría. Quizás sí puede equivocarse y adorar a dioses que no existen, ¿pero crearlos?, eso no puede ocurrir de ninguna manera.

Esta última respuesta desanimó bastante a su maestro. Mostraba que aquel no podía, en absoluto, ni asomarse al abismo que protegía los secretos de los dioses, menos aún mirar en su interior. Quizás por eso dijo, en un tono que intentaba dar por concluido el asunto:

–Mi maestro Demócrito no hablaba de dioses.

–Pero todos hablan de los dioses –insistió su alumno, sin percibir o no queriendo aceptar que el intercambio finalizara de esa manera.

Se hizo una pausa prolongada. Su alumno lo miraba expectante. Abdera, para esa época, era un lugar de paso de hombres, camellos, caballos e ideas; se comerciaban granos, objetos de

plata, mujeres y dioses. Las mentes trataban de orientarse dentro de ese bazar que exhibía creencias, objetos y seres humanos tan disímiles.

–Sea como tú dices, que los dioses existen –continuó el maestro–, ¿qué es lo que te interesa saber sobre ellos?

–Primero, si son varios o solo uno.

–¡Ajá! –exclamó el maestro.

–Si son varios, saber si todos existen realmente, o si hay algunos verdaderos y otros falsos, y cuáles son los verdaderos.

–¡Uhm!

–Y si fuera sólo uno descubrir dónde encontrarlo, aprender cómo lograr su favor, saber si es varón o si es mujer.

El maestro quedó abrumado por la imposibilidad de su alumno de separar el problema de la existencia de los dioses de las maneras en que éstos se representan. Tenía por delante una ardua tarea para inculcarle algo de sabiduría sobre el tema, si es que eso fuera posible.

El maestro del maestro había viajado mucho. Atenas, Egipto, India, habían sido algunos de sus destinos y, efectivamente, después de recorrer tanto mundo, no habló más de dioses. Infinita cantidad de átomos que se movían en el vacío explicaban muy bien la realidad, ¿para qué seguir insistiendo con dioses tan diversos que sólo llevaban a la confusión? Claro que siempre quedaba algo por comprender: ¿esos átomos se movían por causas naturales o por causas divinas?

El maestro creía que eso nunca se podría averiguar.

El Pireo no hacía tanto tiempo que era el principal puerto de Atenas. Alrededor suyo se había erigido una ciudad ordenada, hecha de acuerdo a un plan y no como la propia Atenas, que había resultado del agregado caótico de casas, mercados y templos.

Cualquiera que deseara emprender un viaje a través del mar debía dirigirse a sus playas. Allí, las opciones para embarcarse eran diversas: ofrecerse para trabajar en una nave dedicada al comercio, enrolarse como remero en un trirreme militar, viajar como pasajero en un navío que llevara un destino predeterminado o, en caso de tratarse de alguien pudiente, contratar un barco con su tripulación para que lo transportase a donde deseara.

Aquel candidato a viajero tenía claras dos cosas: que deseaba ir a Sicilia y que necesitaba partir lo antes posible. A sus setenta y cuatro años la opción de ofrecerse para tareas que requerían fuerza y agilidad, ya sea en un barco comercial o militar, estaba fuera de sus posibilidades.

Hubiera podido, sí, contratar una nave para hacer el viaje, pero eso llamaría mucho la atención y era su interés pasar lo más desapercibido posible. Así que su primer intento fue encontrar una embarcación que partiera a ese destino en los próximos días, con un lugar disponible.

Por su experiencia sabía que no debía parecer ansioso o desesperado, como realmente estaba, porque eso haría subir el precio indefinidamente.

Por el contrario, recorrió la orilla con calma, preguntando en distintas embarcaciones si alguna se dirigía a Sicilia. Si el precio era razonable, estaba dispuesto a embarcar inmediatamente.

Sus pies cansados lo llevaron nuevamente al cuarto que había alquilado en cercanías del puerto. Allí pasaría la noche, junto a su exiguo equipaje, esperando mejor suerte para el día siguiente.

§

El maestro cobraba por sus clases así que, más allá de sus deseos, alguna respuesta le tenía que dar a su alumno. Retomó el diálogo con una pregunta:

–Cada pueblo tiene sus dioses, ¿no es así?

–Así es –confirmó su alumno–, pero no logro persuadirme de que todos ellos sean verdaderos.

–¿Por qué no podrían serlo? –inquirió el maestro.

–Pues, entre otras cosas, porque dioses distintos mandan a los hombres distintas cosas.

Al maestro le pareció correcto ese razonamiento: las respuestas de su alumno eran más inteligentes que sus preguntas. Quizás toda la función de un maestro consistiera en enseñar a preguntar.

Su alumno continuó:

–Además, si todos los dioses fueran verdaderos, cada cual protegería a su pueblo y no permitiría que fuera derrotado en las guerras con sus vecinos.

–Tú dices –el maestro continuó el razonamiento– que los dioses de los que triunfan en la guerra son los verdaderos y los de los derrotados serían, sin duda alguna, falsos.

–Podría ser –afirmó ingenuamente su alumno.

–Se trataría de una verdad y una falsedad temporaria.

–¿Cómo?

–Claro. Se ha visto muchas veces que pueblos que han sido vencidos en un momento, luego han resultado victoriosos sobre sus antiguos vencedores. Entonces, cuando aquellos triunfaron sus dioses era verdaderos y, al ser derrotados, se volvieron falsos; mientras que aquellos dioses falsos ahora resultan que son verdaderos.

–Los dioses no pueden ser falsos y verdaderos al mismo tiempo, ¿no? –dijo el alumno, sin saber que irritaba a su maestro con ese tipo de preguntas.

Disimulando su malestar, el maestro continuó:

–Sobre la relación entre los dioses y la guerra los hombres han dado dos tipos de respuestas...

El alumno estaba pendiente de sus palabras. La posibilidad de penetrar en algo que siempre le había resultado incomprensible –sobre cómo los dioses distribuían sus favores– no sólo lo mantenía atento sino emocionado. Podía escuchar su propio corazón mientras el maestro avanzaba en su explicación

–... la primera de ellas es que el pueblo derrotado ha ofendido a sus dioses y, como consecuencia, éstos dejaron de protegerlo. La segunda explicación es que los dioses también guerrear entre sí, y los más poderosos vencen a los más débiles.

Hizo una pausa para evaluar el efecto que esa información había producido en su alumno. Éste se tomó unos instantes para reflexionar y luego preguntó:

–¿Cuál cree usted que es la explicación verdadera?

–Creo que ambas son innecesarias.

–¿Por qué? –preguntó con cierta perplejidad el alumno. La satisfacción que le había producido saber que sólo tenía que elegir entre dos respuestas se transformó en desasosiego al escuchar que su maestro no las consideraba apropiadas.

–La primera respuesta no es segura: lo que tiene que explicar es, a la vez, la explicación.

El rostro de su alumno le indicó que no había comprendido ni aproximadamente lo que acababa de escuchar. Nuevamente el maestro se sintió desalentado, su silencio daba cuenta de ello. Cuando volvió a hablar fue para hacer una pregunta:

–¿Podrías identificar el razonamiento de la primera respuesta?

–Intentaré –dijo con buen ánimo el alumno–. Un pueblo puede honrar a sus dioses o faltarles el respeto. Si los honra, sus dioses lo defenderán, pero, si no los respeta, sus dioses dejarán de protegerlo. Por lo tanto, los pueblos que ofenden a sus dioses serán derrotados en la guerra con sus vecinos.

Nuevamente, el maestro quedó más conforme con las respuestas que con las preguntas de su alumno.

–¿Y cómo se podría invertir ese razonamiento?

Su alumno meditó unos instantes y respondió:

–Cuando dos pueblos se enfrentan en la guerra uno resulta vencedor y otro resulta vencido. El que resulta vencido no ha contado, con seguridad, con la protección de sus dioses. Por lo tanto, el pueblo vencido no ha honrado a sus dioses como corresponde.

–Muy bien –dijo con signos de satisfacción el maestro y agregó–: nunca debes confiar en un razonamiento que, tanto al derecho como al revés, dice lo mismo.

–¿Me podría dar un ejemplo?

–Un perro mordió a un hombre, por lo tanto, el hombre tiene la pierna lastimada. Un hombre tiene una pierna lastimada, por lo tanto, lo mordió un perro.

–Ya comprendí –dijo el alumno–. El hombre podría tener la pierna lastimada por cualquier otra razón.

–Exacto. O el perro podría haberle mordido la mano. Ese pueblo podría haber perdido la guerra porque la nación que lo enfrentó lo atacó por sorpresa. Y quizás los derrotados honraban a sus dioses y los vencedores no tanto a los suyos. No sería la primera vez que ocurre.

–¿Y los dioses no guerrearán entre sí?

–No lo sé –respondió el maestro–, pero no nos informa nada nuevo sobre los dioses.

Un nuevo silencio se hizo música entre maestro y alumno. El primero en salirse de la partitura fue aquel:

–Dioses más fuertes y dioses más débiles, pueblos más fuertes y pueblos más débiles, dioses y pueblos más astutos y dioses y pueblos menos astutos. Lo fuerte vence a lo débil. Lo astuto supera a lo tonto. ¿Para qué necesitamos a los dioses? Todo eso se explica muy bien sin ellos.

§

El viajero ya no regresó a Atenas. Necesitaba estar cerca del puerto y aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para partir. Ya había estado en Siracusa en otras oportunidades y contaba con amigos que lo recibirían con gusto, pero, de no concretar ese viaje, debía embarcarse de todos modos hacia cualquier destino.

Por la noche, luego de comer un plato de carnero asado, recordó los lejanos días de Abdera, donde había crecido y adquirido fama por su notable inteligencia. ¿Qué lo había llevado a conocer otras ciudades?

Llegar precedido por la fama era halagador y cobrar por sus clases le proporcionaba ganancias razonables, pero había algo más, algo que no hubiera podido definir con exactitud.

Quizás la misma fuerza que movía a los átomos de los que hablaba su maestro lo movía a él de aquí para allá, a veces felizmente, a veces con angustias. Ya era un hombre mayor pero no se había curado aún de las ganas de vivir y, para seguir viviendo, debía salir de Atenas.

Ya no era la ciudad donde gobernaba su amigo Pericles, con el que podía conversar extensamente sobre los interrogantes de la vida. Recordaba los debates que había suscitado su obra

Acerca de los dioses, comenzada tantos años atrás, con una frase escrita en una tablilla de cera.

En la Atenas actual ya no se buscaba la verdad, se conformaban con que nadie cuestionara aquello que, se creía, era la verdad. La joven democracia había entendido de qué se trataba eso de gobernar a otros haciéndoles creer que eran los gobernados los que gobernaban. Para lograrlo, era necesario que los ciudadanos no se interrogaran sobre nada importante o profundo, que no pudieran ni sospechar que las cosas podrían ser de otra manera. Por eso sonaba tan mal cuestionar el conocimiento sobre los dioses: si se puede dudar de algo tan sabido, entonces se puede dudar de todo.

Porque no saber sobre los dioses podría tratarse simplemente de un caso de ignorancia o, en el peor de los casos, de pereza: se trataría de una persona que no se tomó el trabajo de averiguar, conversando con gente sabia, aquello que debía conocer sobre lo divino.

Pero que un hombre sabio dijera que no se podía saber sobre los dioses, eso era un asunto serio. Más si ese hombre era admirado y sus clases estaban entre las más apreciadas en Atenas. No era difícil expulsarlo de la ciudad: había dado buenos motivos para ello; pero lo que era casi imposible era hacer olvidar sus palabras.

Al día siguiente, mientras él se lavaba y se ponía ropa limpia, otros recorrían el puerto averiguando sobre su viaje. Daban sus señas y querían saber si había pactado viajar con alguno de ellos. No lograron esa información ya que tal arreglo no había ocurrido, pero sí se enteraron de que un hombre de esas características se había mostrado interesado en viajar a Sicilia.

Era todo lo que necesitaban: tener la certeza de que aún estaba en tierra.

Cuando el viajero, aquel día, volvió a recorrer los navíos en el Pireo, encontró rostros más avisados y actitudes más prevenidas: ya todos sabían que se trataba de un viajero excepcional, por el que las propias autoridades de la ciudad se interesaban.

A diferencia del día anterior, lo que le solicitaban por el viaje era una cifra exorbitante; eso le dio a conocer que alguien andaba sobre sus pasos. Finalmente arregló con una tripulación que zarpaba apenas terminara de cargar el navío. Eran mercaderes que se trasladaban a la isla de Creta. El viajero entendió que allí, con más tiempo y en mejor momento, podría buscar la manera de dirigirse a su destino final.

Sólo necesitaba volver a su alojamiento a buscar un cofre lleno de papiros. Otros artículos personales podían ser reemplazados en cualquier destino que alcanzara. Lo realmente urgente era partir.

§

La clase estaba llegando a su fin. El alumno confundido y el maestro insatisfecho seguían dándole vueltas a las preguntas iniciales. ¿Existían los dioses? ¿Cuáles eran? ¿Eran varios o uno solo con distintas apariencias?

Sin decir palabra, el maestro tomó una tablilla encerada y el estilete de caña, afilado ese mismo día. Escribió, con pequeñas interrupciones, una frase bastante larga.

El alumno, sentado enfrente y algo más bajo, no tenía ninguna posibilidad de ver lo que estaba anotando, pero no dudaba de que se trataba de algo relacionado con la clase.

El maestro revisó la frase escrita una y otra vez; un gesto serio dominaba sus facciones. Cuando pareció que la frase estaba terminada, volvió a tomar el estilete y agregó unas cuantas palabras más. De nuevo comenzó a revisar la frase desde el principio.

§

Las autoridades de Atenas estaban confundidas: el peligroso maestro había desaparecido. Los espías le siguieron los pasos hasta el arreglo que hizo con los marinos que lo llevarían a Creta, pero la nave partió y él no se hizo presente, a pesar de haber dado un adelanto en dinero. Tampoco era imposible que se hubieran arreglado para encontrarse en otro punto de la costa.

Tampoco había rastros de él en el lugar donde se había alojado. El huésped sólo supo decir que pagó la noche anterior por el cuarto y la comida. En qué momento había retirado sus pertenencias no estaba claro, pero el cuarto vacío informaba con desparpajo sobre su desaparición.

¿Habría vuelto a Atenas? Eso era lo que no podía suceder. Estaban autorizados a asesinarlo con tal de evitar que eso ocurriera. La ley era la ley, y la expulsión de la ciudad no se podía revocar: sólo cabía cumplirla.

El cadáver encontrado días después, a medio comer por los pájaros y otras alimañas, era una buena excusa para terminar

las pesquisas, aunque nadie, en verdad, pudiera estar seguro de que se trataba de la misma persona.

Y lo más inquietante: no lograron encontrar rastros de su cofre. ¡Quién sabe qué nuevos peligros estarían encerrados en él! Como una nueva caja de Pandora, podía contener todos los males del mundo.

§

Su alumno seguía expectante. El maestro había apoyado el estilete sobre la mesa y parecía medir, en silencio, el alcance de lo que acababa de escribir. Finalmente pareció satisfecho. Apoyó la caña en la mesa y, sin mirar a su alumno, leyó en voz alta para que éste escuchara:

–De los dioses no sabré decir si los hay o no los hay, pues son muchas las cosas que impiden el saberlo, ya la oscuridad del asunto, ya la brevedad de la vida humana.

El viaje había comenzado.

Hablando con propiedad

–¿Sabés que anoche tuve un sueño?

–No.

–Claro que no sabés, si no te conté todavía.

–¿Y entonces para qué me preguntás si sé, si sabés que no sé?

No es que quisiera molestar a mi amigo, pero me enferma la falta de propiedad con la que usa las palabras. Bueno, a decir verdad, no sólo él. Es increíble que, a pesar de la manera confusa en que la humanidad utiliza el lenguaje, aun así, nos entendamos, o al menos eso creemos.

Porque, ¿cómo se completaba la frase de mi amigo? Parecía sencilla, pero no lo era desde ningún punto de vista. Me podía estar diciendo: “Ayer tuve un sueño... dormí mal la noche anterior”, como también “Anoche soné con algo maravilloso”.

Porque no es lo mismo el sueño de soñar y el sueño de dormir, aunque a veces ocurran juntos. “Hoy me levanté temprano y trabajé todo el día... ¡tengo un sueño!”, es bien diferente de “Soñé que estaba de vacaciones en una playa desconocida y nadaba junto con un tiburón que me hacía cosquillas con su hocico en la planta de mis pies”. El primer tipo de sueño se soluciona con una cama, el segundo ya necesita de un psicoanalista.

Si terminara ahí el problema no sería tan difícil de manejar: una palabra, dos acepciones, es bastante frecuente en el idioma. Pero también decimos, estando despiertos, “Mi sueño es comprarme una casa con jardín”. A este tipo de sueños podríamos llamarlos, quizás, ilusiones, si la palabra ilusión no

estuviera tan devaluada. La ilusión denomina a veces cosas que consideramos imposibles, como las “ilusiones del viejo y de la vieja”, que soñaban con que su hijo progresara en la vida, algo que nunca se iría a concretar porque el hijo era un burrero incorregible.

También usamos ilusiones para referirnos a cosas falsas, como los números que hace un ilusionista: nos hace ver algo que parece pero que no es. Pero nosotros le echaremos un poco de desinfectante a la palabra ilusión y la usaremos para designar aquellos sueños que tenemos para el futuro, como la casa con jardín.

Porque es bien distinto ser un soñador que ser un dormilón. En disculpa de mi amigo, tengo que reconocer que, como muchas otras, la palabra sueño se utiliza para referirse a cosas muy diferentes. O quizás no tanto, porque un sueño de soñador es como si aquello que deseamos sólo lo pudiéramos vivir estando dormidos: ni pizca de confianza en poder obtenerlo en estado de vigilia.

Porque en el sueño todo es más fácil: la casita, las margaritas creciendo al lado de la pared, uno abriendo la verja del jardín, los niños que corren a saludarnos. Pero en la vida real esa casa cuesta un dineral, el sueldo que tenemos no nos alcanza para pagar la cuota que nos pide el banco y para tener hijos primero tendría que encontrar novia; en fin, que uno entiende ahora el refrán de “soñar no cuesta nada”

Y me perdí, porque las clases de sueños se van multiplicando. A ver, recapitemos: existe el sueño de dormir, los sueños que tenemos mientras dormimos y las cosas que queremos que sucedan en el futuro a las que también llamamos sueños o ilusiones. Hasta aquí tres clases de sueños.

Pero la cosa no termina ahí. Usted también habrá escuchado el dicho de “cuidado con lo que sueñas”, no sea cosa que se haga realidad. Pero si soñamos lo que deseamos, ¿cuál sería el problema de que realmente ocurra en nuestras vidas? Ah... ¿Qué no todos los deseos son buenos y aceptables? A ver, deme un ejemplo...

Ya entendí, un sueño de ese tipo sería, por ejemplo, “que se muera mi jefe”; pero el que me advierte que tenga cuidado con lo que sueño sabe que mi jefe es el único que me soporta en el trabajo, que de los tres trabajos anteriores me despidieron por inaguantable, que me cubre cuando falto los lunes para reponerme del chupetín del fin de semana y que, cuando llega la evaluación anual, miente descaradamente para que no termine en la calle con una patada en el trasero.

Esa clase de sueños, tan inconvenientes, serían como deseos incompletos: queremos que ocurra cierta cosa, pero no las consecuencias obligadas de ese hecho. Los podríamos llamar sueños inmaduros, les faltó cinco para el peso.

Y también está lo que alguna vez habíamos soñado ser, aunque luego se nos haya olvidado: la vida nos lo hizo olvidar. Cuando yo era chico quería ser médico, pero ahora soy agente de bolsa. Mi sueño era ayudar a los demás, pero ahora ayudo a unos reventando a otros. Bueno, yo no inventé la bolsa tampoco... el que no quiere que no juegue. Soñaba con ser artista, pintora o escultora, pero ahora trabajo doce horas por día vendiendo corpiños. Los podríamos llamar los sueños olvidados.

A mí me va dando como cinco sueños, ¿a usted también? ¿Que me olvidé de contar los que soñamos cuando dormimos y luego no recordamos? ¿Cómo sería eso?

¡Ah! Ya sé. Usted se refiere a esa creencia de que siempre soñamos, sólo que algunas veces nos acordamos y otras no. Y yo le pregunto ahora, ¿cómo vamos a hablar de los sueños que no nos acordamos? Porque es bien distinto creer que siempre soñamos porque unos señores y unas señoras hicieron experimentos, nos conectaron a unos cables y veían cómo se movía una agujita mientras dormíamos, que saber que verdaderamente siempre soñamos ¿No pensaron que quizás la agujita se movía porque teníamos gases? O más simple, nos molestaban los cables que nos habían puesto.

No me venga con que no son cables, con que en verdad movemos las pupilas cuando soñamos. ¡Qué ganas de creer en cosas que nunca podremos comprobar! Los perros no ven los colores porque tienen en la retina unas cositas así y así... ¿Qué carajo sabemos de cómo ven los perros? ¿Que lo dijo un doctor? No sea ingenuo amigo, no sea crédula amiga: ¿es que ese doctor fue perro? Porque el único que puede decir cómo ve el perro es el perro, pero, como no los dejamos ir a la universidad, ahí nos quedamos, sin saber cómo ve el perro.

Pero bueno, no vamos a pelear: digamos seis sueños, agregamos los sueños de los que no tenemos la más puta idea y quedamos todos contentos. Mire, sólo de escribirlo ya me caliento de nuevo: ¿a quién se le ocurre poner en una taxonomía de sueños aquellos que suponemos que quizás existieron, pero de los que nunca sabremos su contenido? Pero bueno, ya me calmé. Hagamos esa concesión para poder seguir adelante.

Recapitulemos, entonces: el sueño de dormir, el sueño de soñar dormido, el sueño de lo que deseamos alcanzar, los sueños inconvenientes, el sueño de lo que queremos ser en la vida y los sueños que quizás soñamos.

Pero no es la única manera en que llamamos a los sueños. Deme un minuto y le explicaré. ¿Cómo decimos de alguien que se despierta a la noche y no puede volverse a dormir? Que está desvelado. Pero si ahora, despierto, está desvelado, antes claro que debía estar velado. Es el viejo chiste de que para abrir una puerta la condición necesaria es que esté cerrada. ¿Que con eso no alcanza? ¿Que si no tenemos la llave? ¿Que si la puerta no tiene manija por más cerrada que esté no podremos abrirla? Mire, gratis le explico: dije condición necesaria, no condición suficiente. Claro que puede haber muchas razones por las que no pueda abrir una puerta que esté cerrada, más no sea porque no tengo ganas de abrirla, pero no tengo ninguna posibilidad de abrir una puerta que ya esté abierta.

¡Je! ¡A ver si me gané un poco de respeto ahora! Porque hay gente que es así, ¿vivo? Su punto de partida es que, salvo él o ella, todos somos tontos; y hasta que no se pegan una buena revolcada no se les ocurre sospechar lo contrario. Revolcada en el sentido intelectual, claro.

Y el que duerme está velado porque el sueño es, también, como un velo que nos rodea y no nos permite ver lo que percibimos cuando estamos despiertos. Es como un mosquitero de tul, pero de una trama tan apretada que no deja pasar la luz.

Y si aún le queda alguna duda de que el que duerme está velado, piense en ese adminículo que tenemos en la mesita de luz, al lado de nuestra cama, al que llamamos... ¡adivinó!, velador. Porque el velador es el que vela el sueño del que duerme, es una luz tenue que puede quedar prendida, despierta, sin molestar el sueño. Así, se dice del que no duerme “que pasó la noche en vela”, o del que acompaña el sueño de un niño o un enfermo “que veló su sueño”, lo cuidó, lo arropó, arregló su tul para que nada lo despierte.

Pero no crea que no lo entiendo. Lo que choca es que del que duerme se diga que está velado, como si se hubiera muerto y lo estuvieran velando. Morir, dormir, soñar acaso, gracias, Williams. Ahí llegamos al meollo del asunto, porque: ¿de dónde cree usted que viene la palabra velatorio?

–¿Me acompañás al velorio de Pancho?

–¿Qué Pancho?

–El que se comió un chancho.

–No jodas con eso.

–No, en serio, se comió un chancho y se murió de la indigestión.

–Con vos nunca se sabe cuándo hablás en serio o cuándo hablás en joda.

Pero, esta vez, hablaba en serio. Porque la clase de sueño del finadito también está clasificada: es el sueño eterno.

El pasillo del tiempo

Terminaron las clases y en casa se habla sólo de las vacaciones. Vivimos en Buenos Aires, pero en esas vacaciones iba a conocer... ¡Córdoba!

Mis papás me habían dicho que Córdoba era una provincia muy linda, llena de sierras y de arroyos. Todo el viaje estuve pensando cómo se verían esas sierras. La explicación de que se trataba de montañas chiquitas me dejó pensando: ¿qué tan chiquitas serían?

No me acuerdo cómo me dormí: estaba jugando que iba en un bote que era mi asiento, pero arriba de un barco que era el micro. Cuando desperté no sabía dónde estaba, pero papá me escuchó y me dijo:

–Mirá por la ventanilla, ya estamos en Córdoba.

Corrí la cortina y miré. Piedras, piedras y más piedras, y cada tanto un arbolito medio verde y medio amarillo. Lo miré a mi papá como preguntando: ¿qué es todo eso?

–Esas son las sierras que tanto querías conocer.

Yo no me acordaba de que quisiera conocer las sierras, sólo pregunté qué eran cuando me dijeron que en Córdoba había sierras. ¡Y me dijeron que eran montañas chiquitas! Para mí que mis papás nunca habían visto una sierra, si no, me hubieran dicho que eran un montón de piedras y yo lo habría entendido perfectamente.

–¿Y? ¿Te gustan las sierras? –me preguntó con una sonrisa de que me tenían que gustar.

–Ehm, sí –dije con mi mejor cara de recién despertado-. ¡Lindas las piedras! Je, je, je.

Cuando llegamos al hotel las sierras desaparecieron: era todo árboles y sombra. Le pregunté a mi papá y me dijo que las sierras estaban detrás de los árboles. Corrí hasta donde terminaban los árboles y vi que era cierto, y había un río que hacía ruido cuando pasaba entre las piedras.

Esa tarde llovió y fuimos a ver un museo, que es un lugar donde se guardan cosas de hace mucho, mucho tiempo. Había arcos y flechas, mi papá me explicó que antes en ese lugar vivían unos indios que se llamaban comechingones y que cazaban animales.

Al otro día me desperté y todos dormían. Salí al pasillo y fui caminando hacia el patio de atrás del hotel, y cuando me asomé, ¡páfate!, viajé en el tiempo y me encontré con un niño comechingón. Para estar seguro entré nuevamente, fui por el pasillo hasta nuestro cuarto y abrí la puerta: mis papás dormían.

¡En ese hotel había un pasillo del tiempo que conectaba el presente con el pasado! Esas vacaciones se estaban poniendo más que interesantes.

Regresé al patio y allí seguía el comechingón: descalzo, apenas un pantaloncito, con los pelos negros y chuzos como había visto en el museo el día anterior.

–Hola –me dijo, y no dejaba de mirar mis zapatillas. Se nota que nunca había visto unas, en su época no habría.

–Hola –le respondí–. ¿Qué hacés por acá?

–Hondeando pajaritos.

Entendí que eso era algo que hacían los indios, porque yo no tenía ni idea de qué se trataba. Como vio mi cara de “no entiendo nada” sacó de la cintura algo parecido a una Y griega, con unas gomas atadas a las puntas, y me la dio. Yo la miré por todos lados, pero no tenía idea ni de qué era ni para qué servía

Como adivinando mi pensamiento me dijo:

–Para cazar pajaritos.

–¿Cómo? –pregunté yo.

Volvió a agarrar ese extraño aparato, sacó una piedrita del único bolsillo de su pantalón, estiró las gomas y la piedrita desapareció, pero un segundo después vimos caer algunas hojas de un árbol que estaba en el patio.

–¿No tenés arco y flecha?

–No, no tengo –me respondió. Quizás como era un niño no le dejaban usarlo todavía.

–Mirá aquella latita –me dijo, señalando con su cabeza una lata de cerveza que estaba tirada cerca del arroyo. Sacó otra piedrita, la puso en el artefacto, estiró y “pim”, voló la latita por los aires.

Ahí ya fui entendiendo. Ese aparato arrojaba las piedritas muy lejos y muy fuerte. Le pregunté cómo se llamaba:

–Juancho –me dijo.

–No, como se llama eso que tira piedritas.

–Ah, honda.

–¿Y los comechingones inventaron la honda?

–No sé –me contestó el indiecito.

Una idea se cruzó en ese momento por mi cabeza. No podía dejar pasar esa oportunidad, ¿cuándo volvería a estar en el pasado? Quizás nunca.

–¿Te gustan mis zapatillas? –le pregunté.

Me contestó que sí con sus ojitos brillantes.

–No te vayas. ¡Ya vuelvo! –le dije, y corrí por el pasillo del tiempo de nuevo hasta el presente. Me metí en el cuarto, agarré mis crocs del bolso y volví corriendo al pasillo. Mamá, medio dormida, me preguntó desde la cama:

–¿A dónde vas?

–Ya vuelvo –contesté sin detenerme.

Cuando llegué nuevamente al pasado, el niño indio seguía allí, en el mismo lugar donde lo había dejado. Me senté en el piso y le hice señas que hiciera lo mismo. Me saqué una zapatilla y se la di:

–Probáte a ver si te quedan.

Le costó un poco darse cuenta de en qué pie iba, pero finalmente se la puso y me mostró todos los dientes en una sonrisa. Le enseñé cómo se abrochaba y se desabrochaba el velcro. Y le dije:

–Te cambio mis zapatillas por tu honda.

En un segundo sacó la honda de la cintura y la puso en mis manos. Yo le di la otra zapatilla. Se la puso también, me miró una vez más, se levantó y salió corriendo que no se le veían las patitas. “Que eran rápidos esos comechingones”, pensé para mí. Me puse las crocs y volví al cuarto donde mis papás ya estaban levantados, y nos fuimos todos a desayunar.

Intenté explicar a mis padres lo del pasillo del tiempo, claramente no me creyeron. Les dije que había estado con un niño comechingón, se rieron.

—Este chico soñó con el museo que visitamos ayer —dijo papá.

Yo toqué la honda que tenía en mi bolsillo y sabía que no había sido un sueño.

Cuando uno es niño no entiende algunas cosas, o las entiende demasiado bien. Y cuando uno las dice, los adultos se ríen, no sé si porque no entienden o porque se ponen nerviosos. Y si no se ríen, te retan.

Muchas otras mañanas me encontré con el niño comechingón antes de que mis padres se despertaran. Me levantaba temprano y atravesaba corriendo el pasillo del tiempo. Juancho ya me estaba esperando. Íbamos hasta el río a elegir piedritas para las hondas —él ya tenía una honda nueva— y recorríamos juntos los alrededores del hotel.

La primera vez que la usé estiré la goma, solté y me di con la piedra en el pie.

—¡Ay! —grité, mientras saltaba en la pata sana.

Al niño indio le dio mucha risa y me explicó que siempre tenga la Y griega derecha, mirando para adelante. Corregí y la piedrita salió para adelante, pero no donde yo quería que fuese. En una

de esas pruebas, “crac clinc croc”, le di de lleno a uno de los vidrios de la galería del hotel.

Él me enseñó a mirar entre los brazos de la Y griega. Aquello a lo que le quería dar tenía que estar justo en el centro y, una vez que lo veía bien, tenía que levantarla un poco y soltar.

Mirándolo tirar y practicando, fui de a poco aprendiendo y mejorando mi puntería. No se aprende de un momento para otro a manejar un arma que, aunque sea antigua, era nueva para mí.

Cuando hicimos el bolso para volver apareció el tema de mis zapatillas.

—¿Dónde pusiste tus zapatillas? —me gritó mamá.

—Se las cambié al niño comechingón por su honda —dije, y le mostré el trofeo.

Me retaron por haber perdido las zapatillas, me retaron por la sospecha de que el vidrio roto en la galería del hotel tenía algo que ver con mi honda, me retaron por mentirles sobre el pasillo del tiempo. En fin, que terminé las vacaciones con un concierto de retos.

Cuando me subí al micro para volver a Buenos Aires miré por la ventanilla. ¿Quién estaba allí?: el indiecito con mis zapatillas puestas, saludándome con la mano mientras el micro arrancaba.

No se lo dije a mi mamá y mi papá, no quería que me retaran de nuevo.

El nombre

*... mentre una donna piange nella sera
e chiama un nome che non risponderà.
La orilla blanca, la orilla negra. Iva Zanicchi*

¡Emilio! ¡Emilio! clamaba la mujer esperando alguna respuesta. No ya la aparición, sabía que Emilio no iba a volver, pero no podía desvanecerse así porque sí, era parte de su vida, era su vida –al menos como ella sabía vivirla.

¿Por qué no respondería? Eso no estaba bien. Una persona puede ausentarse por muchos motivos, la mayoría de ellos posiblemente comprensibles, hasta algunos de ellos nos parecerán, sin duda, aceptables.

¿Puede alguien tener que viajar para trabajar en un lugar distante? Claro que sí. Después del “ganarás el pan con el sudor de tu frente” hay que ir allí donde la frente tenga más posibilidades de sudar. No importa si está cerca o lejos, si la ausencia será prolongada: es la obligación de todos. Por necesidad y por decencia.

Y las pausadas cartas y el emocionante teléfono y el apurado mensaje electrónico y el frenético chat responderán, serán el conjuro adecuado para que el nombre responda de sí y por sí.

Pero no sólo es el trabajo. Alguien se puede enamorar de una persona que está en otra parte, en otro país, en otra ciudad. Eso quizás lo lleve lejos, hasta lejos de la persona que amó antes, pero ¿qué se puede hacer?, ¿se puede negar el amor humano? No se pide justicia ni comprensión, no se pretende que esté bien, sólo se acepta que, a veces, sucede; que esa vez sucedió.

Y la persona ya no está, pero responde. Responde con lo que vivió, con el no desmentido amor que tuvo. Si ese antiguo amor floreció en nueva vida responde por ellos y en ellos. Cada vez que sea llamado ese nombre estará allí, aunque él ya no lo esté.

¿Y existen los accidentes desgraciados? Claro que sí. La persona salió de su casa como todos los días, pero ya no regresará. Tomó un avión que lo llevaba a su destino y el avión se precipitó a tierra, nada más que hablar. Pero ¿es eso real?, ¿quién sale todos los días de su casa y toma un avión? Un piloto de avión, por ejemplo. Pero, al fin, ni eso tiene tanta importancia, no es el único accidente posible. ¿Qué dirá ese nombre al ser convocado? Dirá: no quise faltar tan temprano, pido disculpas a todos los que van a sufrir por mi ausencia. Dirá también: ¡cómo los amé! Guárdenme en un lugar de su corazón. Cada día podrá decir una cosa distinta, pero no decir nada, eso sí sería de mal gusto.

Ser arrastrado por el flujo de la vida, o de la muerte, es una forma bastante comprensible de alejarse. El trabajo, el amor, la fatalidad, todas fuerzas que nos arrojan por el aquí y el por allá de la existencia y hasta fuera de ella.

Pero hay una forma de no estar sin que participe ninguna fuerza exterior. Ocurre cuando uno se aleja de sí mismo, cuando ya no se puede encontrar. ¿Cómo harán los demás para encontrarlo entonces? ¿Que eso no ocurre? ¡Ay! ¡Ojalá usted tuviera razón! Sólo imagine a esa persona que perdió la memoria, amnesia creo que le dicen. O al que sufre esa enfermedad con nombre de señor alemán o quizás árabe. Ya no sabe quién es o ya no sabe quiénes son los demás.

¿Cómo va a responder cuando se pronuncie su nombre? Quizás responderá con su presencia, su cuerpo dirá que estuvo allí y que, a su manera, como puede, sigue estando. Quizás hasta

nos dé la oportunidad de salir del profundo error de creer que lo más valioso que tenemos los seres humanos es el espíritu, sin darnos cuenta de que es el cuerpo el que crea el espíritu. Ese nombre diría, si pudiera, que está allí de la manera en que le es dado estar; como Norma Aleandro en *El hijo de la novia...* “¿Querés un polvorón?”.

Y también hay olvidos que no dependen del cuerpo físico sino de la constitución moral. ¿Dónde está ese amigo fiel con el que compartíamos marroco y catrera? Dice Esteban que le negó la entrada a la casa porque “ahora estoy con otra clase de gente, ¿viste? No lo tomes a mal”. “Y cómo me cagó Carlitos, tan mosquita muerta que parecía. Nos juntó la cabeza a todos y nunca más lo vimos”. Y ese compañero de militancia, ese con el que íbamos a cambiar el mundo... ya hace rato que se fue del barrio, anda en los chanchullos de la política y la levanta en pala. ¿Qué puede decir ese nombre cuando es llamado? “Viste como es la cosa”. “No, ¿qué cosa?”. “Y, la cosa, si no lo hacés vos lo hace otro”. “Ah... pero lo hacés vos.” “Y, sí”. Ese nombre responde por el otro, por el otro que era un boludo, como uno, claro.

¿Y el que ya no está porque otro tomó una decisión que lo hace no estar? No, no digo que fue por un mandado, en ese caso va y vuelve. Digo que ya no está, que le tocó morir en una guerra que otros decidieron para quedarse con algo que no era de ellos, o de lo que querían más o más barato. O porque se les ocurrió indispensable recuperar algo que le habían quitado otros hace cientos de años, después que ellos se lo habían quitado a otros anteriormente –que eso quiere decir que algo es mío.

Claro que nunca es personal; a los que tomaron la decisión no les importaba que, en especial, él no estuviera, el nombre era intercambiable. Sólo necesitaban unos nombres, bastantes

nombres, qué luego serían llamados en vano. ¿Quién responde al llamado del hermano del palestino o de la madre del israelí?

Pero ni aun así, créame, el nombre se puede quedar mudo ante el llamado: siempre tiene la obligación de responder. Ese nombre dirá “luché con valor”, o “me acobardé”, o “fui una niña y ya siempre lo seré”.

¿Y los que ya no están porque los hicieron desaparecer? Ahí sí importaba el nombre. Seres oscuros se encargaron de capturar sus cuerpos, ese cuerpo, no otro. Ese cuerpo habitado por un alma que no se resignaba ante la injusticia, el abuso y la desigualdad. Ese nombre no sólo habla, sino que grita: “¡No estoy por haber soñado con un mundo mejor! Sigán la estela de mis sueños y me volverán a encontrar”.

¡Emilio! ¡Emilio! Llama ese hombre a ese niño que fue. Los que hemos sido educados en hacer hablar a los nombres que ya no responden no nos perdonamos el silencio. Sabemos del vacío interior que esos silencios producen.

Ningún nombre que se precie de tal puede quedar nunca, bajo ninguna circunstancia, en ninguna época ni lugar del planeta, callado para siempre.

Sus labios

“Su mirada atravesaba la ventana y se perdía en algún lugar muy lejano. Sabía que acababa de crearse un nuevo destino. Con el alma llena de música, de sabores, de estrellas titilantes, sus labios se fruncieron en una sonrisa” escribió en la última página. Dos años de trabajo le había llevado escribir esa novela y, aunque en algunos momentos pareció una tarea imposible, ahí estaba, terminada al fin. Respiró profundamente y, sentada frente al teclado, se inclinó hacia atrás y miró hacia el techo con los ojos cerrados. Permaneció así unos instantes, sintiendo el suave subir y bajar de sus senos.

Sabía que tenía por delante mucho trabajo todavía: correcciones, edición, galeras, todo lo que ocurre desde que la magia de las palabras crea un nuevo rompecabezas que espera lectores para que lo armen. Pero la última línea estaba escrita, como un puerto de llegada que no existía cuando empezó la travesía: “Con el alma llena de música, de sabores, de estrellas titilantes, sus labios se fruncieron en una sonrisa”. Con un clic envió el original a su editora.

Estaba sola. Una mano soltó su sujetador. Con su mente en blanco decidió llamar a su amiga para ir a cenar: era una manera de declarar el fin de su encierro, los interminables días y semanas donde su lugar en el mundo se redujo al sillón frente a la computadora. Ella lo merecía. Ella la merecía.

Mientras se cambiaba no pudo dejar de pensar en la heroína de su novela. ¿Cuánto había de ficción y cuánto de autobiografía? Bueno, pensó para sí misma, todo es ficción, o todo es autobiografía. El que nunca amó difícilmente pueda escribir sobre el amor, aunque el amor de su relato nunca haya existido ni vaya a existir. ¿Cuántas veces cruzarían esa delgada línea entre fantasía y realidad los enfermos de las palabras?

Se vistió como ella. Un suéter rojo combinado con una falda violeta con lunares blancos. Boina también violeta y, algo que ella nunca hacía, pero sí su personaje: se pintó los labios de un carmín desatado que competía con el rojo de su suéter. Se miró al espejo y sonrió, pero esa sonrisa le devolvió una inesperada sensación de desasosiego.

Mientras viajaba en el taxi sintió que esa sensación seguía viajando entre su ombligo y su pecho. Quizás se debiera al choque entre dos sentimientos encontrados: uno, el de identificarse con su personaje; el otro, el de la necesidad de separarse de él para poder seguir su vida.

Porque más allá de cualquier identificación, su protagonista ya estaba prisionera en el papel y siempre lo estaría. Ni siquiera la vida efímera que le otorgara cada lector al abrir el libro la sacaría de su prisión. Pero a ella, que aparentemente estaba libre en el mundo, ¿quién la leía?

§

Cuando regresó a su casa, el vino y el amor la envolvían. Al buscar el sueño, de nuevo esa sensación, como de algo que no terminaba de estar bien y que, sin dudas, se refería a la novela.

No era el argumento, claro que no. Éste era claro, hasta cierto punto sencillo: una mujer joven tiene sentimientos ambiguos respecto a un hombre que ocupa un importante puesto en el lugar donde trabaja. Toda la novela giraba alrededor de esos sentimientos complejos donde se entrelazaba la sensualidad con el erotismo del poder, dando lugar a una sexualidad difusa. La combinación del disfrute y la frustración se terminan transformando en un enigma para la protagonista.

La trama tampoco presentaba inconsistencias importantes y, en todo caso, las distintas correcciones que esperaban al texto terminarían por mejorar aquellas cosas que no estuvieran del todo bien contadas.

Era algo más simple y a la vez más estructural lo que no la dejaba terminar de disfrutar de la novela finalizada.

Al día siguiente, cuando su editora le confirmó la recepción de la novela y la felicitó, esa sensación volvió. Era algo parecido a lo que le sucedía cuando se daba cuenta de que había dicho algo fuera de lugar. Una mezcla entre vergüenza y desasosiego por aquello que ya no se podía remediar.

Pero en la novela todo se podía remediar. Volvió a pensar en la metáfora que más le gustaba: la de la novela como una travesía. Los personajes eran como barcos que partían algunos de un mismo puerto y otros de puertos distintos. Algunos se encontraban en alta mar, otros cerca de la costa, los más en algún puerto intermedio que los ponía en contacto.

Pero, a su vez, la novela era como un océano repleto de corrientes marinas imposibles de desafiar que los llevaba de isla en isla, que los exponía a la erupción de los volcanes o las persecuciones de los nativos, donde les regalaban flores de bienvenida o los obligaban a huir de sus propios fantasmas. ¿Habría algo en la dinámica de todas esas trayectorias que no estaba saliendo bien, que generaba esa sensación extraña en la boca del estómago, poco más abajo o más arriba dependiendo de la hora del día?

Su heroína atravesó momentos de inmensa confusión, algunos de palmario fracaso, otros de victorias pírricas. En las páginas de la novela perdió la dignidad y la volvió a recuperar, a veces, a costos muy altos. Pero, finalmente, había salido triunfante.

No todos los héroes triunfan en la literatura, pensó ella. Don Quijote dejó bien en alto los ideales de la valentía y del honor, pero fue derrotado a manos de un triste bachiller disfrazado cuyo único mérito fue ser amigote del cura y el barbero del pueblo, como bien explicara Cervantes. También hay protagonistas malintencionados, cobardes, traicioneros, como el Jean-Baptiste Grenouille, ahijado por Patrick Süskind en *El perfume*. No faltan tampoco los personajes que en las novelas fracasan porque estaban destinados al fracaso, como la Madame Bovary de Gustave Flaubert. O aquellos que triunfan de casualidad: Jim Botón y Lucas el Maquinista no tenían la menor idea de que el dragón capturado se transformaría en un Dragón Dorado de la Sabiduría, sólo querían, como bien pensó Ende, que no diera la alarma a los demás dragones.

Pero ninguno de éstos era el caso de su novela. En ella la heroína lograba, finalmente, soltarse de los complicados nudos que la fueron amarrando durante la travesía. Y no sólo que lo logra, sino que sabe que lo logra. Por eso “sus labios se fruncieron en una sonrisa”, como decían las últimas palabras de la última página.

—¡Momento! —exclamó la autora—. Aquí está el problema —y, levantándose de su silla, fue directamente hasta el baño.

Puesta frente al espejo, comenzó a fruncir los labios para lograr la sonrisa que había imaginado para su protagonista. No tuvo resultados inmediatos. Sus primeros intentos le devolvían más bien un beso en el aire que una sonrisa. Claro que los labios son tan plásticos que aún faltaban muchas pruebas por hacer.

Después de haber superado el beso, se encontró con que los labios fruncidos podían también expresar enojo, contrariedad. Ese no era el estado de ánimo de la protagonista. Ésta, por el contrario, tenía sobrados motivos para sentirse satisfecha: no

sólo había logrado superar sus confusiones y las situaciones penosas a las que éstas la llevaron, sino que ese mismo hecho constituía una victoria sobre el destino. O, dicho de otra manera, había logrado clausurar un destino sombrío y volver a ser dueña de la posibilidad de ser feliz.

Por eso su sonrisa no era una sonrisa angelical, no tenía nada de ingenua. Tampoco era una sonrisa ligera, como la que tendría alguien acostumbrado a sonreír por cualquier motivo. Era una sonrisa de triunfo luego de atravesar un mar de dificultades: era una sonrisa de labios apretados que expresaban victoria y determinación, felicidad actual sobre un fondo de sufrimiento pasado.

—¡Eso! —exclamó la autora—. No son labios fruncidos, son labios apretados.

Y como seguía delante del espejo, inmediatamente comenzó a ensayar esa sonrisa. Al principio sólo logró una expresión de disgusto: al apretar los labios sus comisuras se arqueaban hacia abajo devolviendo una expresión severa más que sonriente.

Siguió haciendo pruebas hasta que le fue un poco mejor: se podía sonreír con los labios apretados, pero, la verdad, tampoco lograba la expresión adecuada para su personaje. Lo que veía en el espejo era más bien una sonrisa mefistofélica, mientras que la sonrisa de su personaje tenía mucho de satisfacción después del esfuerzo y quizás hasta algo de revancha, pero nada de diabólico o perverso.

¿Y si no fueran ni fruncidos ni apretados? ¿Podrían ser labios empecinados? ¿Empecinados en qué? ¿en sonreír? ¿en besar? ¿en disimular? No, definitivamente no. La actitud podía ser empecinada, su carácter también podría serlo, pero no sus labios.

Intentó sonreír normalmente, pero allí se encontró con dos dificultades: una, que a ella nunca le había gustado su sonrisa. Sus labios, quizás excesivamente finos, daban a su cara una expresión ingenua que odiaba desde niña. Le era imposible imaginar a su personaje con esa sonrisa tan... tan... tan tonta, digamos.

Pero la segunda dificultad era más grave aún: no atinaba a describir esa sonrisa. ¿Arqueó sus labios en una sonrisa? Horrible. ¿Estiró sus labios en una sonrisa? Ridículo. ¿Sus labios dibujaron una sonrisa? Cursi. ¿Sus labios se entreabrieron en una sonrisa? Insostenible, ¿cómo se llegaba de labios fruncidos o apretados o empecinados a labios entreabiertos?

“Reconocer el problema equivale a la mita de su solución”, recordó haber leído en algún sitio, aunque, en ese momento, le pareció más bien una frase inventada por alguien que nunca había tenido que resolver un problema.

§

En la editorial comenzaron a preocuparse. Aunque la autora se mostró muy condescendiente con las correcciones sugeridas a pesar de que éstas fueron muchas y variadas, no terminaba de dar el sí definitivo. La editora insistía en que la novela estaba lista.

Con la tapa ya terminada, los agradecimientos, los créditos, el cumplimiento de las normas legales, la editorial comenzó a promocionarla. Pero, la realidad era que el libro aún no había ido a la imprenta: la autora todavía estaba corrigiendo.

La revisión de la última galera había arrojado cero errores, pero la sonrisa de labios fruncidos no había podido ser resuelta aún

y, aunque podría parecer una nimiedad, en verdad definía el tenor dramático de la obra.

La editora, ya en la primera corrección, había considerado que en la frase que cerraba el libro había un error, y así la corrigió: "Su mirada atravesaba la ventana y se perdía en algún lugar muy lejano. Sabía que acababa de crearse un nuevo destino. Con el alma llena de música, de sabores, de estrellas titilantes, sus labios se ~~frunciéron~~ fundieron en una sonrisa". Pero la autora rechazó la corrección: no se trataba de esa clase de sonrisa, le había dicho.

En verdad, aunque lo intentó, no pudo identificarse con la metáfora propuesta. Unos labios fundidos le parecían unos labios clausurados, donde nada podía entrar o salir del personaje. Y ese no era el caso. Al contrario, la sonrisa de su protagonista era un comienzo, la puerta de entrada a nuevas historias que ya no estarían signadas por el sufrimiento. Sonreía, justamente, porque había logrado salir de una prisión y tenía el mundo por delante. Esos labios no estaban fundidos, al contrario, estaban dispuestos a beberse una nueva vida y por eso sonreían.

El malestar alrededor del ombligo se había ido extendiendo más y más, hasta hacerle dificultosa la respiración. Los antiácidos que le recetaron no hicieron ningún efecto. Ya hacía rato que había abandonado las muecas delante del espejo.

Creando que se trataba de algún defecto de su rostro hizo venir a su amiga y la puso a sonreír de distintas maneras durante dos horas. Ni la señora de la limpieza ni su entrenadora personal se salvaron de tener que sentarse a sonreír y de ser fotografiadas mientras lo hacían. En la pizarra de corcho, enfrente de su escritorio, ya no se podía pinchar ninguna foto más con una sonrisa.

Finalmente se acabaron los plazos. El jefe editorial habló con la editora y la editora fue hasta la casa de la autora. El diálogo entre ellas dos estuvo salpicado de lágrimas.

–¡No es esa sonrisa!, ¡no es esa sonrisa! –repetía sollozando la autora– ¡No encuentro su sonrisa!

La editora se sentó frente a ella y la tomó de sus dos manos, gesto que reservaba sólo para casos extremos.

–Mirame, por favor –le pidió–. ¿Sabés cuántas correcciones le he hecho a tu libro?

Que no, contestó aquella con la cabeza.

–Le he hecho dos mil cuarenta y una correcciones.

La autora abrió muy grandes sus ojos llorosos, no tenía ni idea de aquella cifra.

–¿Sabés cuántas de esas correcciones rechazaste?

Su cabeza se volvió a mover a derecha y a izquierda.

–Treinta y cuatro. Lo que quiere decir que con las restantes dos mil siete estuviste de acuerdo, posiblemente porque imaginabas que mejoraban tu texto.

Dos hipos y un suspiro prestaron consentimiento a las últimas palabras de su editora.

–¿No te parece –continuó aquella– que te puedo ayudar a resolver este problema?

De nuevo el sí de su cabeza expresó conformidad.

–Entonces, no te preocupes más, ya está resuelto.

La autora la miró con perplejidad, pero comenzó a sentir un impensado alivio.

La editora le soltó las manos y se puso de pie. Le dio un beso en la frente y le dijo:

–Tonta, todas necesitamos ayuda algunas veces.

§

Llegó el día de la presentación. La autora no había abierto el libro y no lo pensaba hacer. Temía encontrarse con una frase final que desvirtuara totalmente su novela.

Para colmo, uno de los presentadores del libro, profesor de literatura, comenzó por hablar del final del libro, de cómo la autora había encontrado la forma de resolver la tensión dramática que se había acumulado durante toda la novela.

–Lo cual demuestra –dijo con su tono doctoral– que, en la literatura, muchas veces los recursos más efectivos son aquellos más simples. Algunos autores –continuó– no tienen la sabiduría de nuestra autora: tratan de resumir en una metáfora forzada todo aquello que la novela ha desplegado ya por sí misma.

La autora, a esa altura, tenía la boca reseca. No sabía si el profesor estaba hablando en serio o se trataba de un gran sarcasmo para desenmascarar su falta de capacidad para encontrar un final apropiado a la novela. Entendía que no podía retirarse, aunque eso era lo que deseaba con toda su alma, así que, con su estómago a punto de estallar, se dispuso a afrontar lo que viniera.

–Les leo –continuó aquel, con el libro abierto en su última página–: “Su mirada atravesaba la ventana y se perdía en algún lugar muy lejano. Sabía que acababa de crearse un nuevo

destino. Con el alma llena de música, de sabores, de estrellas titilantes, ella sonrió”.

Pan y oro

Ya sé, ya sé, no me diga nada. Usted imagina que hay un error en el título, que la expresión correcta es “pan y queso”, fórmula tantas veces utilizada en la niñez para saber a quién le tocaba elegir primero. ¡Cómo quisiéramos que usted tuviera razón!

Porque “pan y queso”, un pie delante del otro hasta que uno de los dos pisa al contrincante, es un recurso gracioso para decidir algo cuando aún no tenemos monedas en el bolsillo para arrojar al aire, como hace el árbitro antes de un partido de fútbol: ¿cara o seca? Pero de lo que vamos a hablar no tiene nada de gracioso, es más bien un drama que afecta a la humanidad hasta nuestros días.

Además, usted habrá notado que tanto el pan como el queso pertenecen a la misma familia: la de los alimentos. El mismo recurso se podría utilizar diciendo “azul y rojo”, por ejemplo, que son dos colores; o “perro y gato”, que son dos animales domésticos; o “venus y marte”, que son dos planetas. Pero ¿pan y oro? ¿qué tienen en común? Nada. Sin embargo, justamente en eso reside el interés del asunto.

¿Interés? ¿Qué interés puede haber en comparar el pan con el oro? Mucho más que el que usted cree, tanto es así que, ya desde hace siglos, hubo mentes preclaras que se abocaron a pensar el problema.

Es cierto que a veces la importancia del tema queda oculta por las distintas maneras en que se nos ha enseñado a dividir la historia humana. Se ha hecho costumbre hablar de la antigüedad, la edad media, la moderna y la contemporánea. Algunos le agregan antes de estas cuatro etapas la prehistoria. Otros empiezan por la edad de piedra y siguen con la edad de

los metales. Algunas subdividen a esta última en edad del bronce y edad del hierro. Cómo verá, hay para todos los gustos.

Mucho menos conocida, pero no por eso menos importante, es la que reconoce tres eras que nos trajeron hasta el mundo actual: la era del fuego, la era del pan y la era del oro. En esta última nos hallamos actualmente, quizás en sus postrimerías.

La era del fuego nos permitió transformar en comestible muchas cosas que nos rodeaban y a las que de otra manera no le hubiéramos podido hincar el diente. Por añadidura hizo posible el descubrimiento de que cocinando el barro obteníamos cerámica y, ya con ollas, no nos paró nadie: a comernos el planeta. Y fundir los metales tampoco hubiera sido posible sin el dominio del fuego.

La era del pan se inició no hace tanto, quizás unos diez mil años, con la invención de la agricultura. Créalo o no, aún vivimos gracias a ella. De los problemas que se generaron al pasar de la era del fuego a la era del pan sabemos poco, pero sí conocemos bastante bien los desajustes que produjo el paso de la era del pan a la era del oro, ya que esta última empezó hace apenas unos tres mil años.

§

Pero no crea que se trata de un descubrimiento que hicimos nosotros, nada de eso. “Extraña riqueza esa del oro, en medio de la cual se puede perecer de hambre y de sed”, ya dejó escrito hace muchos siglos un macedonio ilustre, cuando los hombres aún recordaban cómo funcionaba la era del pan, aunque ésta ya se hubiera terminado. Como vemos, desde antiguo, a algunos les ha llamado la atención que la humanidad valore cosas que

no sirven para comer ni para beber ni para resolver ninguna de las necesidades importantes de la vida.

“Pero ¿qué dice?”, protesta alguien sin poder disimular su indignación, y nos informa de que con un gramo de oro se pueden comprar cien kilos de pan. Pero esa es una interpretación aviesa de aquella expresión. El estagirita más bien estaba pensando en un hombre perdido en las montañas que, luego de caminar días y noches, al límite de sus fuerzas, encuentra una cueva donde protegerse de las inclemencias del tiempo. ¿Qué hubiera preferido hallar dentro de la cueva? ¿Un kilo de oro o un kilo de pan?

“¡Un kilo de oro!”, vuelve a exclamar el mismo de antes. “Cuando encuentre el camino para volver a la civilización con ese oro hace lo que quiere”.

Bueno, eso si antes no muere de hambre, porque si no, te la regalo: va a quedar hermoso el cadáver apretando convulsivamente el dorado metal.

¿Con quién preferiría naufragar en una isla? ¿Con alguien que sepa cazar y cocinar animales salvajes o con un experto en buscar oro? ¿Con quien conozca las propiedades nutritivas de las plantas y sepa diferenciar a los hongos comestibles de los venenosos, o con un experto en el mercado de capitales?

“Usted me pone cada ejemplo, también”, nos vuelve a decir la misma voz, representante fiel de la era en la que vivimos. “Lo realmente importante es tener oro y no perderse en las montañas ni naufragar en una isla”.

Bueno, vaya a contárselo a Robinson Crusoe. El preceptor de Alejandro Magno lo que quería hacer notar es que nuestra naturaleza demanda alimento y bebida para sobrevivir y que, por lo tanto, eso es lo más importante, mientras que el valor dado al

oro ya no tiene que ver con lo que es natural sino con convenciones sociales que hoy son de una manera y mañana de otra.

“Hace siglos que nos matamos por el oro, eso no parece cambiar”, nos espeta el insistidor y, en eso, tiene algo de razón: por algo se lo llama “el vil metal”, ya que tantas traiciones, saqueos y muertes ha producido. Pero aún los contagiados por la fiebre del oro necesitan alimentarse y si contaran sólo con la piedrita amarilla estarían en problemas.

Pero tampoco hay que echarle toda la culpa al oro, pobrecito, aunque sea un misterio cómo llegó a ser más importante que una bolsa de papas o un buen bife de chorizo. Es más, algún mérito hay que reconocerle ya que es un trabajo encontrarlo y extraerlo y separarlo de otros metales, a diferencia de los billetes de papel, en medio de los cuales también “se parece de hambre y de sed” y que para fabricarlos sólo hay que apretar el botón de una maquinita.

Pero en lo que no tiene razón nuestro amigo es en que sea la única manera de vivir. Hace poco, sólo unos cientos de años atrás, mientras los europeos recorrían América de arriba para abajo y de abajo para arriba buscando El Dorado, la muchachada de aquí se reunía alrededor de la laguna y, para festejar, tiraban objetos de oro al agua. “Pero seguro estaban en pedo”, nos retruca nuestro defensor delpreciado mineral, teniendo otra vez una parte de razón.

Pero ustedes no crean que esta discusión es nueva, por el contrario, lleva miles de años dividiendo a la humanidad. Por alguna razón que desconocemos ni los economistas ni los historiadores se han tomado el trabajo de desentrañarla porque, a decir verdad, parece una historia increíble. Pero, si nos

interesa la verdad, deberemos aceptar que no todo lo increíble es falso.

Con retazos de información que fueron llegando hasta nosotros, y con paciencia e imaginación, hemos bordado como en un tapiz los orígenes de esta controversia para que la puedan ver todas las personas de buena voluntad, incluido el escéptico que nos interrumpe a cada rato.

§

¿Nunca se ha puesto a pensar usted de dónde nos viene esa manía de juntar baratijas hasta el punto de que cada tanto tenemos que empezar a tirar cosas porque ya no entran en nuestra casa?

Algunas personas sesudas enarcan las cejas, entrecierran los ojos y con voz profunda sentencian: “Es la sociedad de consumo”, como si ponerle nombre resolviera el acertijo. Lo que aquí vamos a contar es bastante más antiguo.

En la época que hemos investigado había muchos reyes y reinas, pero de verdad. Ahora quedan algunos, pero son más de adorno que otra cosa. En el tiempo en que transcurrieron estos acontecimientos los reyes creían que eran reyes y los demás también lo creían.

A ellos no los elegía nadie, así que, si eran buenos, el pueblo los quería y, si resultaban malos, los odiaba. Así de sencillo. Y como no los había elegido, tampoco se sentía culpable de sus yerros. Si se ponían muy pesados, siempre existía la posibilidad de deshacerse de ellos, a diferencia de las democracias modernas donde, por haber puesto un papelito en una caja, termina siendo legal hasta lo inaceptable.

Era esa una época donde también los dioses hablaban con los hombres. Los seres humanos no habían aprendido aún a avergonzarse de sus fantasías y podían dialogar con ellas, como lo hacen los niños con su amigo invisible. Y no quieren saber cuántas cosas se solucionaban con esos diálogos, mientras que hoy, a los que, llegados a la edad adulta, insisten en hacerlo, los encerramos en el manicomio.

Pero luego vino eso del conocimiento y la madurez y se imaginan: a las personas les pareció mal tener tantas ilusiones y las redujeron a una sola y, finalmente, la ocultaron en tabernáculos y altares y la rodearon de tantas palabras incomprensibles que ni los dioses, que entienden de todo, las entendían ya. Por eso hablar con Dios se transformó en una profesión, como una especie de traducción simultánea, aunque siempre nos quede la duda de si el traductor no está inventando lo que nos dice.

Claro que eso no significa que las personas en esa época no tuvieran sus problemas, todo lo contrario: los tenían como los tenemos nosotros, sólo que eran distintos. Eran felices de a ratos, igual que ahora, e igual que ahora, se la aguantaban.

Nuestra discusión se relaciona con la historia de dos reyes, pero de dos reyes de verdad, como los que había en ese tiempo. Y desde ya nos adelantamos a la objeción de que las historias antiguas son mitos, como si los mitos fueran despreciables y no tuvieran relación con la verdad. ¿Usted diría que un chino no sabe hablar porque usted no le entiende? Claro que no. Lo mismo pasa con los mitos: no los trate de falsos porque usted no los comprenda.

Los seres humanos somos muy graciosos: si encontramos un cacho de piedra con unos caracteres extraños nos la ingeniamos para descifrarlos, luego lo atribuimos a una

civilización, después escribimos libros sobre cómo era esa civilización y, finalmente, lo enseñamos en las universidades y lo divulgamos por la televisión. ¿Y cuál era la prueba? Un cacho de piedra con algunos garabatos bastante borrosos.

En cambio, cuando nos encontramos con historias que se repitieron durante miles de años, de padres a hijos por cientos de generaciones, nos parece que no tienen ningún valor, que son “mitos”, decimos despreciativamente.

Así que, estimado amigo, querida amiga, a ponerse las pilas y a abrir la mente para comprender derechamente lo que viene.

§

El rey Anios tenía, como todos los reyes, muchas preocupaciones. La principal de ellas era seguir siendo rey y, para eso, necesitaba que lo aceptaran y le obedecieran. ¿Cómo hacer para tener contentos a todos? De su pueblo el reconocimiento, de sus amigos el afecto, de los demás reinos el respeto.

Había llegado a ser rey porque su padre ya lo era y éste le compartió el secreto: para ser apreciado debía dar regularmente magníficos banquetes para que, en el término de un año, no hubiera rey vecino o ministro o vasallo de su reino que no se hubiera sentado por lo menos una vez a su mesa.

La comensalidad como tecnología de poder, hubiera sido el título del ensayo si en esa época se escribieran ensayos; pero, por culpa de Gutenberg. que nació varios siglos más tarde, había que conformarse con la tradición oral. El padre carpintero le enseñaba a su hijo a fabricar muebles, el pastor al suyo a

cuidar las cabras y el rey, a su primogénito, le enseñaba cómo mantenerse en el poder.

Pero para Anios se hizo cada vez más complicado seguir aquel consejo. A medida que aumentaba la fama de sus convites, desde lugares lejanos enviaban emisarios para ser invitados. Rechazar esas solicitudes hubiera sido un gesto por lo menos poco amistoso, con sus previsibles consecuencias. Pero la cocina real ya no daba abasto para preparar todos esos manjares y, dicho sea de paso, las arcas del reino tampoco.

Ya sus consejeros le habían advertido que debía reducir drásticamente la cantidad de banquetes que se daban en el año porque, de no hacerlo, se pondría en riesgo la prosperidad del país. Fue la primera vez en la historia humana en que se habló de “déficit fiscal”.

Claro que Anios no se dio por vencido fácilmente: encargó a los sabios de su reino que pensaran la manera de salir del atolladero. Éstos pusieron manos a la obra y estudiaron detenidamente todos los procesos que se llevaban a cabo en la cocina real.

“¿Cómo? ¿Que se tiran las cáscaras de las papas?”, exclamaron escandalizados y allí nomás ordenaron que se pesen todos los desechos antes de descartarlos. Descubrieron, horrorizados, que por banquete se tiraban cerca de doce kilos de cáscaras de papa. También pesaron las cáscaras de las bananas, las semillas de las sandías, el carozo de los duraznos y muchos otros desperdicios.

En fin, que los primeros tallarines del mundo se hicieron de cáscaras de papa, el primer licuado, de cáscaras de banana, las semillas de sandía reemplazaron a los fideos en la sopa

mientras que los carozos de durazno, molidos, se utilizaron como crocant en los postres.

Cuando el rey Anios probó esas nuevas comidas les parecieron una porquería, pero los sabios le dijeron que estaba ante la ciencia del futuro, recién inventada por ellos mismos y que se llamaba “competitividad”.

Al poco tiempo, sin embargo, sus consejeros le volvieron a informar que el nuevo presupuesto tampoco era sustentable. Anios, que de economía no entendía mucho, pero tenía buen paladar, no quiso ni oír hablar de un nuevo aumento de la competitividad. Pidió que lo dejaran solo y se sumió en una profunda reflexión.

§

En otra parte del mundo, el rey Midas disfrutaba de ser rey y nada le faltaba, a tal punto que era envidiado por la mayoría de los reyes y de los que no eran reyes. En sus palacios se acumulaba una incalculable cantidad de objetos de oro y de plata, obras de arte, muebles magníficos. Pero el corazón del rey estaba inseguro, sentía que nunca era suficiente. ¿Y si mañana llegara a faltar? Mientras se tiene oro todo se puede comprar, pero: ¿y si un día el oro se acabara?, ¿qué los haría fuertes y respetables?

El rey claro que no lo sabía, pero estaba iniciando la edad del oro y, con ella, todos esos interrogantes que lo afligían.

Claro que el acontecimiento que dio origen a la pasión por ese metal quedó en un fondo tan lejano de la humanidad que todas las cosas que podamos decir al respecto no pasan de ser suposiciones.

Algunos ensayan que la fascinación por el oro se debió a su belleza, que esto lo hizo deseable y le otorgó su valor. Así, estaríamos ante una humanidad primitiva que privilegió su sentimiento estético, lo que permitió que el oro se pudiera intercambiar ventajosamente por aquellas cosas indispensables para satisfacer las necesidades primordiales.

Otros, en tanto, asocian esa preeminencia a los sentimientos religiosos de la época. La mayoría de las culturas adoraban al sol y el oro apareció como fragmentos de sol en la tierra, otorgándole así un carácter sagrado. Si una astilla del botón de la camisa de un santo se vende como reliquia, imagínense un pedacito del mismo dios Sol lo que llegaría a valer.

Pero también los hay que aducen razones pragmáticas relacionadas con el intercambio y el incipiente dinero. A la hora en que las monedas de cobre se ponían verdes y las de plata, negras, las acuñadas en oro seguían manteniendo su color original.

En fin, cualquiera sea la explicación que ensayemos, el problema de Midas seguía siendo el mismo: ¿cómo garantizar que siempre hubiera oro en el reino y, si fuera posible, de manera creciente, más no sea por aquello de que, de lo bueno, mucho?

Finalmente, fue el propio rey el que dio con la solución a su problema: debía tener el poder de transformar en oro todo lo que tocara, de esta manera siempre habría suficiente. El problema era cómo conseguir ese poder. Pero Midas no se detuvo en niñerías.

Recordaba muy bien el día en que encontró al viejo Sileno dormido en el bosque, totalmente borracho y a punto de ser devorado por un oso. Inmediatamente envió a sus soldados a

que lo salvaran y les ordenó que lo llevaran a su palacio. Además de un viejo borracho, Sileno era el amigo preferido del dios Dionisos, junto con el que andaba habitualmente de correrías. Éste lamentó mucho la pérdida de su amigo e inmensa fue su alegría cuando se enteró de que se hallaba sano y salvo en el palacio de Midas. Cuando su ruta lo llevó nuevamente por allí pasó a recogerlo y dijo al rey:

–Nunca olvidaré lo que has hecho por mi amigo. Cuando quieras algo de mí, sólo tienes que pedirlo.

El rey Midas entendió que éste era el momento. “Amado Dionisos”, le dijo en sus plegarias al dios, “si aún conservas el recuerdo de los muchos favores y ofrendas que en esta nuestra tierra se te han hecho, te pido que me otorgues el siguiente don: que todas las cosas que toquen mis manos se conviertan en oro”.

§

Anios no acertaba con la solución a su problema. El dilema era: o dar banquetes que contentaran a todos y comprometer los recursos del reino, o dejar esa práctica generosa iniciada por su padre y ser tildado de desatento o mezquino y poner en riesgo su propio reinado. Cavilando sobre estos temas se internó en el bosque sagrado.

Estaba sentado a la sombra de un frondoso laurel cuando se le apareció Príapo y, sin que él lo advirtiera, se lo quedó mirando un buen espacio de tiempo, al cabo del cual le dijo:

–Anios, he sido amigo de tu padre y he dado prosperidad a tu reino durante todos estos años. ¿Qué te tiene tan perplejo que

ni has advertido mi presencia? –Anios levantó la vista y al ver al dios se puso de pie y se justificó.

–Disculpa, amado Príapo. Nada nos has hecho faltar, pero quiero saber algo que se escapa a mi entendimiento.

–Pregunta –dijo el dios.

–¿Cómo haré para dar las magníficas comidas que ya daba mi padre sin poner en riesgo el bienestar de mi reino? Pienso, pienso, y no veo la manera de salir de este dilema.

–Es que ese dilema, como todos los dilemas, no tiene una solución racional, que es lo poco que los seres humanos como tú pueden hacer. Sólo lo divino puede acudir en tu auxilio.

–Pero divino eres tú –dijo mirándolo con respeto–, ¿cómo crees que podrías ayudarme?

–Mira, yo pienso así: tú tienes dos hijas, ¿no?

–Efectivamente, los dioses me han bendecido con esos presentes y, por ser mis hijas, las llaman las Aniótropes.

–Bien, yo les concedo un don: todo lo que ellas toquen se transformará en alimento. De esta manera ya no deberás preocuparte por cómo darás tus magníficos banquetes. Con que sólo toquen piedras o troncos o cualquier otra cosa, éstas se transformarán en los manjares en los que ellas estuvieren pensando; y cuando toquen el agua, sea ésta salobre o haya sido sacada de un pantano, se convertirá en la bebida más deliciosa que hayan podido imaginar.

Perplejo quedó el rey, Príapo siguió su camino y el bosque sagrado quedó nuevamente sumido en el silencio.

Cuando Midas terminó su plegaria hizo, inmediatamente, traer la piedra más grande del jardín y la tocó. Esperó, esperó, esperó y, pasado un buen rato, comprobó que la piedra... seguía siendo una tremenda piedra. Estaba pensando si era posible que un dios fuera ingrato y faltara a su palabra, cuando sintió ruido en la entrada y se encontró cara a cara... ¡frente al mismo Dionisos!

Por suerte para Midas los dioses de esa época no leían los pensamientos: esperaban a que los seres humanos actuaran para premiar o castigar sus intenciones. Los dioses que penetran en la mente debían esperar todavía varios siglos y recién se afianzaron con el desarrollo del marketing.

El rey Midas se apresuró a recibir a su divino invitado.

–¡Oh, Dionisos!, espero que mi petición no haya importunado tu estancia en el Olimpo.

–Qué va –dijo el dios–, si nunca estoy en el Olimpo. Con tantas mujeres bellas que hay en el mundo de los mortales y tantos buenos viñedos que dan excelente vino, no hay para qué perder el tiempo con esos aburridos dioses.

–¿A qué debemos el honor de tu visita? ¿Estarás varios días? ¿Podemos organizar fiestas en tu honor? –preguntó el rey Midas.

–No, Midas, no. Sólo vine a preguntarte, ¿has pensado bien en el don que me has pedido?, ¿lo has meditado lo suficiente para entender todas sus consecuencias?

–Si, Dionisos –se apresuró a contestar–, no hay nada que desee más en la vida. Si me lo concedes me habrás hecho el hombre más dichoso y tú serás el dios más sabio.

–Quizás sea cierto lo primero, dudo mucho que lo segundo, pero, en fin, estoy obligado contigo. Tu pedido está concedido.

§

El rey Anios volvió renovado a su palacio. Buscó a sus hijas para darles la gran noticia, pero las encontró consternadas frente a un inmenso cerdo adobado y presentado en una rica bandeja frente a la mesa real.

–¿Cuándo habéis tenido tiempo de matar y cocinar semejante cerdo? –preguntó el rey, sospechando que quizás ya se había producido el milagro, pero su hija no paraba de sollozar.

–No es un cerdo, padre, es Depardieu, mi prometido.

–No lo puedo creer, ¿y cómo ha sucedido esto?

–No lo sé, amado padre. Vino a visitarme y salí a su encuentro, lo abracé y le dije cariñosamente: ¡qué lindo verte, mi cerdito! Y cuando pasé mi mano por su cuello se transformó en esto.

–Uhm, se ve sabroso.

–Padre, no digas eso. ¿Qué hombre va a querer estar conmigo si cuando lo toco se transforma en comida?

–Eso que dices es muy cierto, hija. Es que Príapo os ha otorgado un don.

–¡Ah! ¡Príapo! –suspiraron las dos hermanas a la vez.

Inmediatamente Anios convocó al Consejo de Sabios de su reino. Para evitar explicaciones abstractas y difíciles, la reunión se llevó a cabo en la misma sala donde el cerdo despedía un olor delicioso. El rey informó a los sabios del don otorgado por el dios y, a continuación, mostró los efectos no deseados de tal ventura.

Los sabios deliberaron sabiamente y tomaron tres sabias decisiones. La primera, sentarse a la mesa y comerse el cerdo. Esto estaba basado, a su vez, en tres razones: la primera, que estaba muy sabroso; la segunda, que de esa manera desaparecía la evidencia que comprometía al reino y, la tercera, que los sabios pasaban bastante hambre ya que, mientras no había ningún problema, nadie los llamaba ni los invitaba a comer.

La segunda decisión fue recomendar a las hijas de su majestad que, por sí o por no, de allí en adelante usaran guantes para tocar a cualquier persona, incluidos los sabios.

La tercera fue sugerir al rey que promulgara una ley para prohibir terminantemente que unos seres humanos se coman a otros seres humanos, terminando así con cualquier tipo de canibalismo real o presunto.

El rey agradeció mucho a los sabios tan sabias decisiones, pero esta vez no les dio de comer, dijo que con el chancho ya habían tenido bastante. Y aquí se echa de ver el profundo error en que cayó Freud creyendo que la última cena caníbal fue por motivos sexuales, donde los hijos se comieron a su padre abusador. Nada de eso: los sabios, al comerse al cerdo encantado, establecieron de una vez y para siempre que el instinto básico de los seres humanos es el instinto de nutrición: “primum vivere”

y después todo lo demás. Los intentos por ocultar esta verdad son retazos de moral victoriana empaquetados para incautos.

§

Fue salir Dionisos y entrar el amante de Midas. El rey no cabía en sí de la alegría.

–Robin, ahora sí seremos felices para siempre –dijo al joven de dieciocho años que hacía sus delicias en la cama y lo abrazó con ternura y...

Cuando llegó su esposa, convocada por los ministros que no entendían el ataque de locura de Midas, encontró a éste sentado en el piso frente a una estatua de oro de su amante preferido.

Sí que enloqueció, pensó ella, con lo que le gusta el oro y mandar a hacer semejante estatua tamaño natural.

–Querido esposo, ¿qué pena te aflige? –le dijo con fingida dulzura–. Es muy bella la estatua de Robin que has mandado a construir, ¿dónde piensas colocarla?

–¡Hermione!, no es una estatua de Robin, ¡es Robin!

–¿Lo has hecho bañar en oro?

–No, infeliz, lo toqué y se convirtió en oro.

Ha de ser la sífilis avanzada, pensó ella, ya delira.

–¿Y te gusta más así?

–¿Cómo me va a gustar así?, ¿has intentado sodomizar alguna vez a una estatua?

Ella pasó por alto la grosería. Para ese momento ya habían llegado todos sus consejeros. Él les relató, con breves palabras, el don solicitado al Dios y sus consecuencias no deseadas. Por una vez todos coincidieron y dijeron al mismo tiempo:

–¡Oh!

Pero como sus consejeros en lo que le aconsejaban era en cómo obtener más oro, no supieron qué decirle. Sólo atinaron a gritar:

–¡Bravo! ¡Bravo! –festejando que ya no tendrían que romperse la cabeza para satisfacer a su rey, sin darse cuenta de que ellos serían los primeros desocupados de la historia.

Estando en esa situación, el rey sorprendido, su esposa cayéndose de la risa delante de la estatua y los consejeros debatiendo a dónde se irían de vacaciones, el demonio, que nunca duerme, hizo entrar un mosquito en la estancia real. El díptero del caso no tuvo mejor idea que posarse en la oreja derecha de Midas quien, instintivamente, tiró el manotazo. Consecuencia uno: el mosquito feneció. Consecuencia dos: la oreja de Midas se transformó en oro. Todos quedaron maravillados y boquiabiertos, no sabiendo si llamar al cirujano o al joyero real. El rey sintió la transformación de manera instantánea: quedó absolutamente sordo de ese lado. Las lágrimas afluyeron a sus ojos y, al enjugarlas, quedó inmediatamente ciego.

Los descendientes de Midas tomaron debida nota de todos esos inconvenientes y perfeccionaron el método de forma tal que ellos acumulan el oro y otros sufren las consecuencias. En la actualidad se los llama “accidentes de trabajo” y son los

trabajadores los que pierden la audición, la vista, una pierna o una mano o la salud mental, mientras producen el oro para sus patrones.

Ni qué decir lo que le sucedió al rey Midas cuando le vinieron ganas de ir al baño. Desde ese día, cuando solicitaba de amores a algún mancebo o a alguna señorita, escuchaba la consabida respuesta:

–¿Qué te creés?, ¿que la tenés de oro?

Y así, el pobre rey vivió rico el resto de sus días.

§

Midas y Anios pasaron mucho tiempo sin tener noticias el uno del otro. En un espacioso mundo, con muy pocos habitantes comparado con lo que vino luego, cada uno era feliz a su manera.

En el reino de Midas se tenían noticias de que, allende los mares, existía un reino de abundancia donde la comida y la bebida estaban al alcance de todos y nadie pasaba necesidad. En el reino de Anios se sabía que muy, muy lejos, existía un reino donde todo se obtenía a través de un mineral amarillo que llamaban oro. Y ambos reyes pensaban, en su fuero íntimo: “Cada loco con su tema”.

Por eso sorprendió en el reino de Anios la llegada, en ese tiempo, de un ejército del reino de Midas: iban los capitanes y los soldados, todos con sus equipos de viaje y, por delante, el estandarte con el nombre del escuadrón. Los más memoriosos recuerdan ese día, el escuadrón se llamaba: Misión Comercial.

Se reunieron los actuales consejeros de Midas –los anteriores habían sido despedidos luego de aquel “¡Bravo! ¡Bravo!”– y los ancianos del reino de Anios, y comenzaron las negociaciones.

–Queremos comida, –dijeron los midianos.

–¿Qué? ¿No tienen comida? ¿Y cómo viven?

–No tenemos comida, pero tenemos oro.

–¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y?

–¿Cómo “y” ...?, les damos oro y nos dan comida.

–Ah, ¿sí? ¿Y nosotros qué hacemos con el oro?, ¿nos lo metemos en el upite?

–Con el oro compren todas las cosas que ustedes quieran.

–Pero nosotros lo que apreciamos es la comida, es lo indispensable para la vida.

Las negociaciones se estancaron. El escuadrón Misión Comercial quería hacer uso de las armas y no dejar a nadie vivo en todo el reino, pero los más sensatos dijeron:

–Si los matamos, después vamos a tener que trabajar nosotros para producir comida.

Mientras tanto, un joven consejero llamado Rasputín, propuso:

–Entreténgalos durante una semana y retomaremos las negociaciones exitosamente.

A la semana se volvieron a reunir ancianos y consejeros. Pasaron casi los mismos diálogos que la vez anterior, punto por punto, y cuando el representante de Anios llegó a la frase “pero nosotros lo que apreciamos es la comida”, inmediatamente Rasputín le dijo:

–Perfecto, nosotros les podemos vender comida.

¿Qué hizo Rasputín durante esa semana? Recorrió el reino de Anios ofreciendo multitud de objetos mágicos que sólo eran posibles de adquirir con monedas de oro. Entre ellos había pantallas donde se veían imágenes de cosas que ocurrían a miles de kilómetros de distancia, vehículos autopropulsados que se movían sin esfuerzo humano ni de caballos, artefactos que daban luces que cambiaban de color, botones que producían sonidos al presionarlos y un sinfín de objetos más. Por qué esos objetos mágicos se podían obtener sólo con monedas de oro era también algo mágico, nadie se lo preguntó ni a sí mismo ni a Rasputín.

Ante esas maravillas muchos quisieron saber cómo se podrían conseguir esas monedas.

–Muy sencillo –explicó Rasputín–, a cambio de comida.

–¡Qué bien!, de eso tenemos cantidad.

Y así, los de Midas pudieron hacer un gran acopio de alimentos a cambio de unas treinta monedas de oro. De la comida adquirida enviaron una parte a su reino y otra parte es la que ofrecieron a los de Anios.

En las negociaciones entre los dos reinos la perplejidad de los ancianos anianos no encontraba reposo.

–¿Cómo que nos venderéis comida?, ¿no era eso lo que querían comprar?

–Ya no, ahora vendemos. Podremos proporcionarle estos alimentos a cambio de 100 monedas de oro.

–Pero no tenemos monedas de oro.

–Nosotros sabemos que ustedes sí tienen. Si ponen un impuesto en monedas verán que aparecerán.

Más por demostrarle a los midianos que en su reino el oro no tenía ninguna importancia que por creer en lo que se les decía, los ancianos sugirieron al rey que pusiera un impuesto en monedas. Para gran sorpresa del rey, de los ministros y de los ancianos, en pocos días se recaudaron... treinta monedas de oro.

De vuelta en las negociaciones dijeron a los midianos:

–Queridos amigos, hemos seguido vuestro consejo, pero sólo contamos con treinta monedas de oro. No será posible comprar vuestros alimentos ya que no tenemos las cien monedas requeridas.

–Eso no es problema –replicó inmediatamente Rasputín–, nosotros les prestamos las setenta restantes.

Todos pensaron que al rey Anios le encantaría contar con más alimentos para sus banquetes y, al único anciano que se opuso, le regalaron unas monedas en demostración de buena amistad. Así se firmó el primer convenio de deuda externa de la historia.

El ejército de Midas volvió victorioso, con alimentos, con las mismas monedas de oro con la que había partido y con el

compromiso de los anianos de pagar en el futuro setenta monedas más por el crédito recibido.

Las hijas de Anios pusieron el grito en el cielo. ¿Cómo que el reino se había endeudado para adquirir cosas que ellas podían producir sin límites? Cuando se enteró el rey, dicen que acuñó la detestable frase “¡Qué viejos boludos!”, refiriéndose a los ancianos del reino.

Cuando pidieron opinión a los sabios, éstos reunieron información sobre las actividades de Rasputín y llegaron a diversas conclusiones. En el informe oficial que entregaron al rey decía escuetamente: “Majestad: usted ha comprado su propia comida y ha quedado endeudado por ello”. En otros documentos confidenciales habrían resumido su investigación en tres palabras: “¡Qué viejos boludos!”.

§

Mientras tanto, Midas había aprendido que, además del poder que tenía de transformar todo lo que tocaba en oro, el propio oro se transformaba en más oro. Así, su reino seguiría existiendo aun después de su muerte.

Y, efectivamente, ciego, medio sordo y ya sin erecciones, moría el rey en el mismo momento en que comenzaba la guerra con las Aniótropes. Abundancia o escasez, dat is de cuestión.

Tengo ganas de decirte

–Ya no se puede más, viejo. Las cosas cada vez más caras y es cada vez más difícil ganarse un mango.

–¿Y cuándo fue de otra manera?

–En la época de Perón...

–Ya empezaste con Perón, que Perón esto, que Perón aquello. Mirá, se murió tu Perón, lo siento mucho, pero acá estamos, desperonados y cagados.

Ese diálogo era un clásico entre los dos amigos. No es que Néstor fuera antiperonista, pero le rompía las pelotas la nostalgia de Juan para el que todo pasado había sido mejor. Sospechaba que si no hubiera existido Perón sería Yrigoyen, San Martín o Jesucristo. Juan necesitaba que existiera un paraíso perdido para comparar con el presente. Esteban, recién llegado, sonreía ante la eterna disputa de los dos amigos. No por repetida dejaba de ser divertida; era más un choque de personalidades que de ideologías.

–Che, ya empezaron con Perón. No se dan tregua ustedes dos.

–Es que le digo que en la época de Perón mis viejos hicieron su casa, tenían trabajo, cuidaban a los abuelos y formaron una familia. Fijate ahora como anda todo...

–No te discuto eso, pero el mundo cambió. Ya hace mucho que terminó la guerra, ya no somos el granero del mundo.

–¿Y qué querés decir con eso?

—¿Sabés que te quiero decir? Te quiero decir que de Perón disfrutaron nuestros viejos, nosotros ya no, aunque lo hayamos visto volver y ser de nuevo presidente.

Los recuerdos los llevaron a su juventud. Los primeros trabajos, plata en el bolsillo, poder ir a cenar afuera y tomar un buen vino. Pero Perón se murió y vino lo que vino.

—Ya estaba grande Perón —dijo Juan, pensativo.

—¿Vos decís que estaba gagá? —preguntó Néstor.

—Digo que estaba enfermo y que se murió antes de poder arreglar las cosas.

—Pero mientras nos trajo a López Rega, a Celestino Rodrigo y nos dejó de regalo a Isabelita —dijo Néstor poniendo en duda que sólo le había faltado tiempo para volver a hacer las cosas maravillosas que le habían granjeado el amor del pueblo.

—¿Y qué te pasa a vos con Isabelita? —retrucó agriamente Juan.

—Me pasa que trajo a la Triple A y se la dejó servida a los militares para que vengan y nos hagan mierda. Si no es porque los tarados se metieron en lo de la guerra de Malvinas, todavía estaríamos bajo sus botas.

Esteban sintió que la disputa se estaba poniendo demasiado agria. Sabía que al rato iban a estar a los abrazos y jurándose amistad eterna, pero el momento era tenso. Contemporizador, dijo:

—Miren, muchachos, todo eso pasó hace muchos años. No nos vamos a pelear nosotros por lo que hicieron o dejaron de hacer otros.

Los otros dos ya estaban por retomar la discusión en el punto en donde la habían dejado cuando la puerta del bar hizo de marco a la figura de Antonio. Tipo alegre si los había, era el que faltaba del grupo para poder pedir el café.

–Hola muchachos. Viéndolos desde la puerta parecen “La mesa de los galanes”. Claro, ya de cerca, olvídenlo.

Risas, saludos, la tormenta había pasado, aunque no las condiciones meteorológicas que le dieron origen: las dificultades de la vida cotidiana, el presente y el pasado seguían dando vueltas en el horizonte y llenando de nubarrones el futuro.

–Menos mal que llegaste –le dijo Esteban–. Estos dos se estaban matando de nuevo.

Juan y Néstor sonreían. Era una manera de reconocer que se habían pasado un poco de la raya, pero ninguno estaba dispuesto a darse por vencido.

–A ver, vos, Antonio, que te las das de filósofo: ¿por qué los laburantes andamos siempre a los saltos y otros se la llevan en pala? –le espetó Juan.

–Porque somos unos boludos –contestó Néstor sin darle tiempo a aquel responder–. Nos pasamos esperando que alguien del pasado o del futuro nos venga a salvar y de mientras nos hacen *aca*.

–No empecés a hablar en tucumano, che, que estamos en Buenos Aires.

–“Aca” es un término universal, quiere decir... bueno, en este caso, quiere decir que te hicieron pelota.

–Yo creo que el mundo está muy difícil –dijo Esteban–. Aunque la injusticia no es de ahora, claro. Imaginate la época de los esclavos.

–Sí, –agregó Juan– pero en la época de los esclavos por lo menos había un Espartaco que se rebelaba.

–El Che también se rebeló, como Espartaco.

–Y a los dos los hicieron aca –insistió Néstor con su tucumanismo.

Antonio miraba a sus tres amigos con verdadero interés. Le emocionaba que, a pesar de todo, la justicia y la injusticia siguieran siendo una preocupación humana de primer orden.

§

–Tres cortados y un café –pidió Esteban por todos. Años de reunirse en los billares de calle Bauness hacían del pedido una formalidad, aún para el mismo mozo. Pero claro que, de tanto en tanto, había alguna excepción. En el límite de su resistencia estomacal alguien podía solicitar “un té con limón”, lo que iba acompañado de las risas de todo el grupo, incluido el solicitante.

–¿Cómo anda Rosa? –le preguntó Antonio a Juan.

–Mejorando, ya terminó la quimio y dejó de vomitar.

–¿La obra social te está cubriendo todo?

–No me hablés, cada orden que hay que autorizar es un parto. Que es aquí, que no es aquí, que vaya a la auditoría médica, que vuelva de la auditoría médica; hasta en esto se nota que

todo anda para el culo, no te apoyan ni cuando tenés a tu mujer con cáncer –concluyó Juan.

–No es sólo un problema de que la guita no alcance –metió baza Esteban–, es que también te faltan el respeto.

–Parece que estás pidiendo un favor –agregó Néstor–. Hicistes tus aportes jubilatorios toda la vida, te descuentan todos los meses para la obra social y, el día que necesitás, tenés que andar rogando que por favor te tiren una sogá...

–Para ahorcarte te tiran la sogá, porque para sacarte del pozo no alcanza –dijo pensativo Juan–. Pero fuera de joda, con Perón se respetaba a la gente, ibas al hospital público y te resolvían todo.

Todos quedaron esperando el retruque de Néstor, pero esta vez se quedó en silencio.

–Che, ya lo estás peronizando a Néstor. Esta vez no dijo nada –hizo notar Esteban.

Todos rieron. Quizás descargaban así la tensión de hablar de la enfermedad de Rosa y, también, de la situación de precariedad de todos ellos. Laburantes de toda la vida, llegaban a la madurez con más incertidumbres que certezas, sabiendo que había un mundo donde todo era posible y que, ese mundo, no era el de ellos.

¿En qué estaban pensando cuando trabajaban y trabajaban soñando con mejorar en la vida? ¿Crefían realmente en que ese esfuerzo les iba a rendir frutos? Pero igual le dieron y le dieron, como si fuera cierto. La jubilación no alcanzaba y el trabajo era poco, y ya las fuerzas tampoco eran las mismas. Nunca más ciertas las palabras de Discépolo, “cuando te dejen tirao, después de cinchar, lo mismo que a mí”.

Quizás para aliviar la tensión la charla se adentró en temas metafísicos relacionados con el fútbol. Juan y Néstor, los dos bosteros, le hacían la vida pesada a Esteban, gallina, sufriendo en plena era Bianchi. Antonio, cuervo, volcaba la balanza para un lado o para otro, según le pareciera más divertido; total, siempre podía recurrir a la paternidad de San Lorenzo sobre Boca y a las eliminaciones de la Copa Libertadores contra River que le daban ese lugar privilegiado de “me río de todo”.

El sabor del café ya había quedado lejano.

§

En los bares de Buenos Aires ya hacía un tiempo que no se fumaba: en nombre de la salud habían desaparecido los ceniceros y las nubes de humo que envolvían a los parroquianos. Por eso Néstor salía cada hora a fumarse un cigarrillo en la vereda.

Cuando regresó, ya habían pedido la cerveza. Ese pedido disparaba, también, sin decirlo, la llegada de “los ingredientes”, o sea, el maní, los palitos salados y las papas fritas. Por cada cerveza, tres platitos bien llenos. Era como el inicio del segundo tiempo: los que estaban en desventaja trataban de igualar el marcador, los que empataban de hacer la diferencia y, los que iban ganando, de ampliarla. Nadie pensaba en defender su arco, eso es lo bueno de la charla entre amigos.

Claro que la esgrima verbal requería ahora de mayor destreza: no era tan fácil responder inmediatamente masticando maníes o con papas fritas en la boca. Hasta alguno, cuando creía que debía decir algo con premura, jugaba con los palitos en la mano antes de engullirlos.

–Da lo mismo el que labura... –canturreó Antonio, como para mover la pelota, haciendo referencia a la historia de todos ellos.

–Pero no da lo mismo, se equivocó Discépolo –retrucó Juan—. Resultó que el que labura noche y día como un buen buey siempre estuvo jodido, y el que vive de las minas, el que mata y el que está fuera de la ley la juntaron en pala.

–Pero estamos mejor que cien años atrás –no se sabía si afirmaba o preguntaba Esteban.

Néstor saboreaba los maníes salados entre trago y trago de cerveza. Después dijo:

–Yo no sé qué pensar, en algunas cosas estamos mejor, sí, pero en otras...

–Es que antes capaz que faltaban algunas cosas que ahora tenemos, pero no había tanta diferencia entre unos y otros. Aunque ahora estuviéramos un poco mejor... –Antonio dejó la frase sin terminar.

–Sin provocar –aclaró Juan–: no es solamente la guita, es que te faltan el respeto. Con Perón se respetaba al trabajador. Imaginate si algún famoso o alguna persona rica, ponele la esposa de Roca o de Benetton, tiene un cáncer de mamas, ¿vos pensás que andaría haciendo cola todo el día como yo, rogando que le autoricen una orden de mierda? ¿Y que después, cuando la tengo autorizada, me den turno para cuando ellos quieren y no para cuando mi esposa necesita?

El partido se quedó en silencio, como si la pelota se hubiera ido fuera de la cancha. El primero que se animó a ir a hacer el lateral fue Antonio:

–No es si tenés un auto más nuevo o si te comprás ropa de marca, es que en las cosas básicas de la vida la desigualdad es ofensiva.

–Y todos se hacen los boludos, todos prometen que van a terminar con la pobreza, que mañana, que pasado mañana, pero te pasás la vida “parado en la esquina de hoy”, como dice el tango, y todo sigue igual de desigual –con desánimo agregó Esteban.

–Y ya nos “han salido canas esperando a esa señora” –intentó bromear Antonio, completando los versos de García Giménez.

–Y no salís adelante trabajando, –completó Néstor–. Nadie sale adelante trabajando, ni en la época de Perón.

Antonio estaba pensativo. Se acercaba la hora en que se separarían hasta la próxima semana.

§

Juan se levantó para ir al baño. Antes de terminar de erguirse del todo se inclinó sobre Néstor como para decirle un secreto al oído. Éste esperaba su confesión, pero ésta no fue tan queda como para que no la oyeran todos:

–¿Sabés qué tengo ganas de decirte?

–¿Qué? –preguntó éste, esperando oír alguna frase chistosa.

Juan, acercándose más a su oído y haciendo bocina con sus manos, como para decir un secreto, gritó con todas sus fuerzas:

–¡Viva Perón, carajo! –y salió disparado para el baño.

Esteban y Antonio se desternillaban de la risa, Néstor trataba de destaparse el oído aturdido con el dedo meñique, Juan sonreía desde la puerta del baño.

El mozo preparaba la cuenta mirando la escena de reojo.

Piedra, papel o tijera

¿Quién no ha jugado a “piedra, papel o tijera” durante su infancia? O aún de adulto, para dar el gusto a algún niño. Y no hace falta que lo confiese, pero aún sin niño de por medio, con otro adulto, para decidir, por ejemplo, qué película irían a ver esa noche.

Es que es un juego muy sencillo. No requiere de ningún otro elemento que la propia mano. Ni fichas, ni tablero, ni dados, ni pelota, ni aros ni arcos, sólo la propia mano.

Además, tiene el encanto de las tres posibilidades. El tres ha fascinado a la humanidad desde antiguo, ya que es mucho menos aburrido que el uno y predecible que el dos, pero, a su vez, no se pierde en la multitud a la que nos vemos arrastrados del cuatro en adelante.

Tres son las virtudes teologales, tres las personas que componen la Santísima Trinidad, en la cábala es el número de la paz y la integración, para alcanzar la seguridad hay que realizar algo tres veces. La existencia se compone de tres partes: nacimiento, vida y muerte; la línea del tiempo también: pasado, presente y futuro. Como verán, no se puede subestimar la potencia del número tres.

Dicho todo esto, ¿a usted le parece que “piedra, papel o tijera” puede ser sólo un juego inocente? Las apariencias nunca engañan, sólo que hay que saber interpretarlas y, para ello, es indispensable mantener la mente abierta.

Mentes abiertas han sido las de Borges, por ejemplo, lo que le permitió encontrar el Aleph debajo de la escalera del sótano de Carlos Argentino Daneri; o la de Rowling, quien pudo descubrir

el Horrocrux disimulado en el anillo de Sorvolo Gaunt. Ambas son posibilidades mágicas. En un caso el alma puede ver todas las cosas en un solo punto, en el segundo logra dividirse y ocultarse en distintos sitios.

Pero no son los únicos acontecimientos fuera de lo corriente. Quizás los más difíciles de descubrir ni siquiera sean los que se ocultan tan bien como aquellos. ¿Cómo sospechar que hay algo mágico en lo que se pasea impudicamente delante nuestro todos los días? Uno no supone que algo que desencripa el misterio de la vida humana esté entre nosotros, al alcance de nuestras manos.

Y eso es lo que pasa con el, en apariencia, inocente juego de “piedra, papel o tijera”. Y nunca tan literal lo de que está en nuestras manos: con ellas ensayamos, como nuevos demiurgos, los recorridos de todos los mundos posibles. A compartir nuestro humilde descubrimiento nos abocaremos desde ahora.

Las tres alternativas que dan título al juego, y como verá no nos podremos desembarazar del número tres, son, como su nombre lo indica, una piedra, un papel y una tijera. El participante debe elegir alguna de estas opciones y hacerla pública en el mismo momento en que lo hace su compañero o compañera de juego.

¿Cuál es el valor de estos elementos? Muy sencillo, el papel predomina sobre la piedra, ya que la cubre; la tijera prevalece sobre el papel, ya que lo corta y, finalmente, la piedra establece su supremacía sobre la tijera, ya que la rompe. ¡Tan sencillo de entender y tan difícil de interpretar!

El papel, habrá que reconocer, tiene bien ganado un lugar privilegiado entre las creaciones humanas: luego del dominio del fuego y de la invención de la rueda, es difícil encontrar otro

elemento que haya ejercido tanta influencia en el devenir de nuestra especie.

Desde los papiros egipcios, pasando por las tablillas de cera griegas, hasta llegar al papel moderno, este elemento ha hecho posible la conservación del saber del mundo que, de manera tan frágil, soporta la oralidad.

Algunos creen que la era de las pantallas ha terminado con el reinado el papel. Están en un grave error: lo que las computadoras han hecho es permitir el almacenamiento de hojas y hojas y más hojas, que antes hubieran ocupado un edificio entero, en un pequeño espacio físico. La prueba de ello es la posibilidad, un tanto innecesaria pero eficaz en ciertas circunstancias, de trasladar esas pantallas al papel a través de un adminículo casi en desuso llamado impresora.

La pantalla es un papel, nuestros ojos son un papel, el mundo es un papel. Porque el mundo, al fin y al cabo, es lo que decimos que es el mundo y, para no olvidarnos, lo tenemos anotado. No otra cosa son los libros de ciencias, si es que usted cree en las ciencias, o los libros religiosos o simplemente la literatura.

Pero no hace falta ir a una biblioteca para comprobarlo. Una simple señal de tránsito dice que el mundo, en esa calle, va para ese lado y no para el otro. Por eso, cuando no se respetan las señales que hacen al mundo tal como es, se dice, con razón, que circulamos a contramano. En eso consisten los exámenes que nos toman desde niños, en la universidad y aún después. Si no has aprendido en qué dirección hay que circular, no te dan el permiso para conducir.

El otro elemento del juego es la tijera. Pertenece a la peligrosa pero imprescindible familia de los objetos cortantes. Claro que

tanto cuchillos como tijeras no siempre se usan para buenos fines y, en ocasiones, se transforman en armas para agredir a otros seres humanos. Pero lo mismo se podría decir de un bisturí y no por eso dejamos de ir a lo del cirujano cuando se nos hace inevitable. Es así con todo: el uso no califica al objeto, sino a quien lo usa.

Con la tijera cortamos la tela para confeccionar nuestra ropa. Imagínese un mundo donde aún dependiéramos de la hoja de parra o, peor aún, tuviéramos que escondernos cuando no queremos compartir la vista de nuestras partes pudendas. ¿Qué a usted le parece una antigüedad hablar de partes pudendas? ¿Qué lo pudendo es una determinación cultural? Sí, amigo, tiene razón: en nuestra conducta todo lo es, hasta la diferencia entre lo que comemos y lo que acariciamos, pero no por eso usted se va a comer al gato del vecino... ¿o sí?, en fin. Pero volviendo a lo nuestro, gracias a la tijera, nos presentamos en fiestas, trabajos o universidades, con un poco de suerte, hasta elegantes.

Si tuviéramos que pensar en el ser de la tijera, en aquello que constituye su especificidad en el mundo, podríamos decir que es un instrumento que permite separar algo que anteriormente constituía un todo y, después de su intervención, ha dejado de serlo.

Cuando la tijera recorta una figura dibujada en el papel, la hoja de papel no ha desaparecido, pero ha perdido su unidad: ahora se divide en la figura recortada y en el contorno que, anteriormente, rodeaba a esa figura. Cuando se dibuja un molde sobre una tela y pasa la tijera, la tela se divide entre lo que será la pierna del futuro pantalón y el resto de la tela. Nada falta, ni en el papel ni en la tela, pero ya se ha introducido la diferencia.

Y qué decir de la piedra, el tercer elemento de nuestro juego. Vivimos en un planeta hecho de piedras. Piedras más calientes, al punto de derretirse y transformarse en lava, piedras más frías que constituyen las montañas o, simplemente, el fondo del mar. Piedras zarandeadas por el tiempo que ya son arena. El nombre de nuestro planeta es engañoso, ya que la tierra es sólo una fina capa que recubre, en algunos sitios, a las piedras que lo constituyen.

Así que a la piedra no hay con qué darle, por eso puede romper cualquier tijera. Lo único que podemos hacer es disimularla, cubrirla con algo, como en nuestro juego, con un papel. Pero debajo sigue estando la piedra, sólo que ahora, oculta. Podemos hacer como que no existe, por la sencilla y válida razón de que no la vemos.

La piedra ha recibido distintos nombres: esencia, sustancia, cosa en sí, pero nada de eso logra ser parte de la piedra. Ésta no resiste ninguna definición, ninguna explicación, entre otras cosas porque nos antecede de manera desproporcionada en la existencia. Piense usted que cualquier roca basáltica, más comúnmente denominada adoquín, hace entre tres mil quinientos y cuatro mil millones de años que forma parte del planeta. Nosotros, los que creemos hablar de las piedras, en los cálculos más generosos, un millón de años. Como todo misterio, puede ser ignorado, al menos durante un tiempo, hasta que ya el papel no alcance a disimularlo.

Pero volvamos a nuestro juego, ¿cómo funciona en realidad? El papel dice cómo es el mundo o, dicho con impúdica exactitud, es el mundo para nosotros. Lo que hace la tijera es establecer las diferencias en el mundo. Recorta y de un lado queda la realidad y del otro la fantasía, de uno el bien y del otro el mal, aquí lo eficaz y allí lo inconducente, y así hasta el infinito.

Porque, así como sin papel no hay mundo, sin distinciones tampoco. ¿Cómo diferenciaríamos a un perro de un canguro si resultaran ser iguales? O al aire del agua, o la verdad de la mentira. Bueno, dirá usted, hay cosas que no son tan fáciles de distinguir y no por eso deja de haber mundo. Cierto, pero nadie ha dicho que el trabajo de la tijera fuera fácil o perfecto. Lo que importa aquí es que la existencia de la tijera transforma todos los elementos de nuestro mundo en potencialmente distinguibles, aunque en algunos casos no lo logremos.

Cuando en el juego alguien elige papel, representado por la mano abierta y los dedos juntos, está afirmando el mundo. Si el contrincante elige tijera, representada ésta por el dedo mayor e índice separados y los tres dedos restantes recogidos, está afirmando que ese mundo sólo es tal por las distinciones que ella introduce. Por eso es evidente que la tijera se impone al papel.

La tijera anula el intento de cada conciencia de creerse el todo y la pone en su lugar, le enseña que no es la causa sino la consecuencia. Por definición, si no existiera Dios Padre no existiría Dios Hijo, o para que todas las cosas se reúnan luego en el sí mismo es necesario que ahora estén diseminadas. El papel es el sí mismo que permite el mundo, la tijera establece las distinciones que lo hace ese mundo y no otro.

Claro que no nos olvidamos de la piedra y, si nos quisiéramos olvidar, ella nos lo recordaría. ¿Cómo, si no habla ni escribe? Muy sencillo, a pedradas, como corresponde a una piedra. Pero claro que las pedradas no son una cosa amable, por eso prestamos especial cuidado en cubrirla con nuestro papel. Nuestro mundo hace amable a la piedra, por ahora.

Cuando un jugador elige la piedra, representada por el puño cerrado, está proponiendo comenzar un mundo nuevo, desde

los orígenes, desde los tiempos inverosímiles del curioso planeta dónde se creó la vida.

Si el otro elige papel, lo neutraliza. El papel lo que está diciendo es que no importa qué es lo que sea la piedra, si es hermosa o espantable, si favorable o esquiva, si nueva o antigua: el papel le dice que, sea lo que sea, él la cubre y, al ocultarla, le da su propia apariencia.

“La vida es sueño”, ya nos advirtió Calderón, el navegante. El papel cubre a la piedra con su sueño y ésta queda dormida o, al menos, lo aparenta.

Pero, aquí se presenta la magia del juego. ¿Qué sucede si los cortes que hizo la tijera en el papel ya no permiten cubrir a la piedra? Las distinciones que introdujo son geniales, cómodas, tristes o injustas, como las quiera considerar, pero ya no cubren la piedra. El mundo escrito en el papel ya no alcanza para disimular por más tiempo la piedra.

Ese es el caso que se produce cuando un jugador elige piedra y el otro, tijera: la piedra le hará saber que las distinciones que introdujo en el mundo ya no son eficaces, que esa tijera es ya inservible y, por lo tanto, la rompe. Hace falta encontrar una tijera nueva.

Y esta es la dinámica mágica de la vida: creamos un mundo, lo hacemos comprensible a través de las distinciones que introducimos en él y, en ciertas circunstancias, cada tanto, quizás un poco cada día, esas distinciones se vuelven inadecuadas. La tijera de la cultura se rompe y nos agitamos mucho porque ya no podemos cubrir la piedra.

¿Qué otra cosa son las guerras, las hambrunas, el racismo, los genocidios, la pobreza, sino la aparición de la piedra que nos recuerda lo poco sublime que es? Nos urge volver a escribir el

mundo, establecer nuevas distinciones que lo hagan comprensible y así, por un rato, retomar el intento de ser felices.

Es muy lógica su sorpresa. A nosotros nos llevó años entender a qué se refería este juego y, finalmente, ni siquiera estamos seguros de si hacemos bien en compartir este descubrimiento. Tememos arruinar la inocencia del divertimento y, lo que es más riesgoso aún, ganarnos enemigos que hoy no tenemos. Imagine usted que, desde ahora, multitud de teorías y de sesudas explicaciones sobre el mundo pasarán a ser consideradas falsas de toda falsedad o, en el mejor de los casos, se transformarán en escolios de este juego.

Lo único que le pedimos es que, por favor, no mate al mensajero. Sólo elija...

¿Piedra, papel o tijera?